CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGA 1.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

¡POR UN HERMANO!

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

V. GOMEZ.

PERSONAJES.

MARGARITA DE HERBELAY.
MARÍA, huérfana.
EL VIZCONDE DE NANGIS.
OLIVERIO, jóven pintor.
HILARION, padrino de María.
RENATO, criado de Margarita.
NICODÉMUS, posadero.
GILA, su criada.
UN MOSQUETERO.
UN PAJE.
VIAJEROS, MOSQUETEROS Y UN LACAYO. (*No hablan.*)

La accion pasa en tiempo de Luis XIII; el primer acto en Auxerre, los demás en París.

(**Este arreglo es propiedad de los editores.**)

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un camino público.—En primer término, a derecha, la verja del castillo de Herbelay. A la izquierda, la erta de una posada, y junto á ella, debajo de un pequeño emrrado, una mesa y un banco.—En segundo término, en el cen, un poste en el cual se lee por un lado: *Camino de París,* y por otro: *camino de Lion.*—En el fondo la orilla del rio.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, MARGARITA *y despues* RENATO.

RÍA. (*Llegando por la derecha.*) Este es sin duda el camino que me ha indicado el arrogante y apuesto caballero á quien encontré ha poco seguido de su criado... Sí; no hay duda. (*Señalando al fondo y despues á la derecha.*) Allí está el rio y aquí la verja del castillo de que me habló; pero no veo llegar el coche... (*Se dirige al fondo, hácia la izquierda.*)

MARGARITA. (*Saliendo por la verja sin ver á María.*) Mucho tarda en volver Renato... ¡Dios mio! ¿Qué habrá sido de mi hermano?... Puede que lé hayan visto, arrestado tal vez... ¡Oh! no puedo contener la impaciencia que me consume. (*Se dirige al fondo, hácia la derecha.*)

MARÍA. Pues no llega...

MARGARITA. No parece...

MARÍA. (*Aparte, reparando en Margarita.*) ¿Quién será esa señora?

MARGARITA. (*Bajando al proscenio.*) Es inútil; nada se descubre en el camino, y no puedo aguardar aquí, pues si me ven en Auxerre todo está perdido.

MARÍA. (*Dirigiéndose á Margarita.*) Perdonad, señora, podriais... ¡Oh! (*La mira con atencion.*)

MARGARITA. ¿Qué os pasa, niña?

MARÍA. (*Con timidez.*) Nada, señora... (*Aparte.*) ¡Es prodigioso! Los mismos ojos, la misma cara, el mismo porte...

MARGARITA. ¿Quién sois, hija mia?

MARÍA. (*Aparte.*) ¡Hasta la misma voz!

MARGARITA. ¿Qué me quereis?

MARÍA. (*Con timidez.*) Señora, no soy del país... vengo de muy léjos... (*Aparte.*) ¡Qué semejanza!

MARGARITA. Continuad.

MARÍA. (*Sin dejar de mirarla con atencion.*) Y... quisiera saber si el coche tardará mucho en llegar.

MARGARITA. ¿El coche? (*Durante estas últimas palabras Renato sale por la derecha.*)

MARÍA. Sí, señora, porque estoy aguardando con impaciencia á cierta persona que ha de venir de París...

RENATO. (*Adelantándose.*) El coche llegará dentro de una hora á mas tardar.

MARÍA. ¡Una hora todavía!... Mientras le aguardo voy á pasearme á orillas del rio, respirando el fresco ambiente de la mañana. Señora, con vuestro permiso... (*Aparte, mirándola atentamente despues de haber saludado.*) Es admirable: en la vida he visto semejanza mas completa. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

MARGARITA *y* RENATO.

MARGARITA. (*Con impaciencia.*) Dime, Renato, ¿y mi hermano? ¿Le ha sucedido algo? ¿Dónde está? Habla pronto.

RENATO. Ya debe estar léjos.

MARGARITA. (*Aparte.*) Respiro. (*Alto.*) ¿Tiene buen caballo?

RENATO. Magnífico, señora, escelente. Ha montado el Bucéfalo, ya sabeis, el mejor animalito de la cuadra; aquel que vuestro padre, á quien Dios haya, compró al duque de Bouillon por precio de...

MARGARITA. Ya lo sé, hombre, prosigue.

RENATO. Pues, como iba diciendo, ha montado el Bucéfalo, y os juro por mi nombre que saca de él buen partido, pues como no escasea el látigo ni la espuela, el bruto bebe los vientos, ni mas ni menos que me pasó á mí en mis mocedades cuando vuestro difunto padre, á quien Dios haya, me ordenó que fuese...

MARGARITA. Pero, Renato...

RENATO. Señora...

MARGARITA. Quiero saber si ha sucedido algo á mi hermano, y me cuentas...

RENATO. ¡Oh! nada le ha sucedido; nada absolutamente. ¿Pues de qué hubiera servido yo? Antes me hubiesen hecho pedazos que...

MARGARITA. ¡Ah! tus palabras me tranquilizan; pero ¿habeis encontrado á álguien por el camino?

RENATO. Tan solo á esa jóven que estaba aquí, y que nos ha preguntado el que debia salir.

MARGARITA. Y al separaros ¿nada te ha dicho Raul para mí?

RENATO. Unicamente dos palabras, que deben significar mucho, pues no las he sabido comprender: *Mazarin y Bastilla.*

MARGARITA. Entiendo; con ellas ha querido recordarme el peligro que corre.

RENATO. ¿Que corre peligro? ¡Ah! voy á ver si logro alcanzarle. No se dirá que le abandono.

MARGARITA. (*Deteniéndole.*) Es inútil, amigo mio. Tu celo de nada sirve, pues no está en tu mano el buen ó mal éxito de su empresa. Solo puedes contribuir á ello guardando el mayor secreto acerca de su partida.

RENATO. ¡Oh! en cuanto á esto, ya lo sabeis; soy la reserva personificada. Mirad; me acuerdo que cuando vuestro padre, á quien Dios haya... ¡Ah! se me olvidaba. Vuestro hermano, á quien he enseñado un atajo que temia no saber encontrar, me ha mandado volver á escape, encargándome particularmente que diga á cuantos vengan á visitarle que no tardará en volver; pero á buen seguro no lo hará tan pronto que pueda recibir á un caballero que hace poco preguntaba por él en la casa de postas.

MARGARITA. ¿Un caballero ha preguntado por Raul? ¿Sabes de donde viene?

RENATO. Acaba de llegar de París.

MARGARITA. ¡Cielos! (*Aparte.*) No hay duda, le persiguen.

RENATO. Me parece que ese caballero no encontrará á nadie.

MARGARITA. Y ¿por qué no? Mi hermano está en el castillo.

RENATO. Perdonad, señora; pero no es posible. He visto al señor de Essonne corriendo al galope en direccion enteramente opuesta.

MARGARITA. Repito que mi hermano está en el castillo y que recibirá á ese caballero luego que se presente.

RENATO. Pero, señora...

MARGARITA. Mi buen Renato, vas á comprenderme. Bien sabes que en otro tiempo, cuando yo era niña todavía, te habias engañado no pocas veces á causa de la maravillosa semejanza que la naturaleza me ha dado con Raul; y aun nuestra misma madre llegó á confundirnos cuando, con la travesura propia de mi edad, vestia el traje de mi hermano. Pues bien, hoy la viuda del presidente de Herbelay empleará para salvar á su hermano la astucia que en otro tiempo fué un juego de la señorita de Essonne.

RENATO. ¡Para salvarle!... Pero ¿qué peligro le amenaza?

MARGARITA. Aunque muy jóven todavia, pues tiene tres años menos que yo, durante su permanencia en París Raul ha sabido conquistar el aprecio de la señora de Longueville, cuya confianza ha merecido hasta el estremo de que le diera una comision que le honra sobremanera, pero que puede llevarle á la Bastilla.

RENATO. ¡A la Bastilla! (*Santiguándose.*) ¡Señor Dios de los ejércitos!...

MARGARITA. La Francia se ve vejada, oprimida por el cardenal de Mazarin, por ese italiano que se enriquece á costa de nuestra nacion sin reparar en los medios...

RENATO. ¡Ay! señora, ahora se conoce lo grande que era el otro cardenal. Qué diferencia entre Richelieu y el *Mazarino*!

MARGARITA. Los nobles adictos al jóven rey, y el pueblo amante de su independencia, quieren derribar á su opresor, al marido de Ana de Austria; para triunfar solo les falta la cooperacion del ilustre vencedor de Lens y de Rocroi... Pues bien, (*bajando la voz*) Raul va á presentar al príncipe de Condé las proposiciones de los jefes de la Honda.

RENATO. ¡Misericordia, Señor! ¡Si el cardenal de Mazarin llega á saberlo!...

MARGARITA. Para no despertar sospechas, mi hermano, al marchar de París, ha dicho á sus amigos que venia á pasar algunos dias á mi lado, y temiendo á los espías del Cardenal, ha querido que si le persiguen le encuentren tranquilamente instalado en el castillo de Herbelay. Al llegar ayer me lo descubrió todo; al principio me negué á desempeñar el papel que me destinaba en tan estraña comedia; pero se trata de su libertad, y he consentido, pues al fin solo he de ser el caballero de Essonne durante ocho dias y en mi casa.

RENATO. Sí; pero ¿cómo hacer creer?...

MARGARITA. (*Interrumpiéndole.*) Ayer tarde Raul se paseó por la ciudad en tanto que yo me despedia para marchar esta mañana. En este instante mi carroza habrá atravesado ya la poblacion; las cortinillas están corridas, y esta tarde todos me creen en Moulins. Así pues, en el castillo de Herbelay solo hay el caballero de Essonne, que está visible á todas horas para sus amigos, y mas aun para sus enemigos.

RENATO. ¡Oh, señora! ¡cuán grande es vuestra abnegacion!

MARGARITA. La libertad de mi hermano lo exige.

RENATO. ¿Recibireis, pues, á ese caballero que ha llegado de París?

MARGARITA. Sí por cierto, y ya no me queda tiempo que perder. Ven, y me dirás si todavía sé llevar la capa y la espada; pero no olvides que para todos soy mi hermano, y que la menor imprudencia frustraria nuestro plan, costándole tal vez la vida.

RENATO. Señora, contad siempre con Renato, que os ha visto nacer y que solo ambiciona morir siendo vuestro mas fiel criado. (*Entran en el castillo.—Durante las últimas palabras se ha oido ruido de un carruaje y la voz de los viajeros.*)

ESCENA III.

MAESE NICODÉMUS, OLIVERIO, MARÍA *y viajeros, que entran en la posada.*

NICODÉMUS. (*A los viajeros.*) Vaya, señores, entrad. Aquí podreis recobrar las fuerzas perdidas durante el camino.

MARÍA. (*Aparte, despues de haber examinado con atencion á los viajeros que han entrado en la posada.*) ¡Dios mio! ¿será posible que no haya venido? No le veo...

NICODÉMUS. (*A Oliverio, que está mirando á María.*) ¿No entrais á almorzar, señor pintor?

OLIVERIO. Me parece que esa hermosa jóven no venia con nosotros.

NICODÉMUS. No.

MARÍA. (*Adelantándose.*) Perdonad, señor, ¿sois vos el conductor del carruaje que acaba de llegar de París?

NICODÉMUS. Sí, hija mia, y el dueño tambien de la posada que aquí veis, la mejor que existe en Auxerre, aunque me esté mal el decirlo. Así pues, si gustais alojaros en ella ó entrar á comer algo...

MARÍA. No; solo quisiera saber si mi padrino venia en el coche. (*Oliverio se adelanta hácia la puerta de la posada, y deja la maleta y la caja de colores sobre la mesa.*)

NICODÉMUS. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Vuestro padrino!

MARÍA. Teneis razon... No debeis conocerle; se llama maese Hilarion.

NICODÉMUS. (*Mirando un papel que saca del bolsillo.*) No; no está en la lista.

MARÍA. Sin embargo, me habia prometido...

NICODÉMUS. (*Recordando.*) Aguardad... ahora recuerdo que en París vino al parador un viejecillo arrugado...

MARÍA. Algo feo...

NICODÉMUS. Sí, feísimo.

MARÍA. El mismo.

NICODÉMUS. Y me dió esta carta.

MARÍA. ¿Para mí?

NICODÉMUS. ¿Como os llamais?

MARÍA. María.

NICODÉMUS. Eso es. (*Le da la carta.*)

MARÍA. (*Tomándola.*) Gracias, muchas gracias. Pero...

NICODÉMUS. El porte está pagado. (*A Oliverio.*) Vaya, señor pintor, supongo que no querreis continuar el viaje en ayunas.

OLIVERIO. Es verdad. Os sigo. (*Aparte, mirando á María.*) Es linda si las hay. (*Oliverio y Nicodémus entran en la posada.*)

ESCENA IV.

MARÍA *sola, y despues* OLIVERIO.

MARÍA. No sé qué pensar... Veamos lo que me dice. (*Abre la carta y lee.*) ¡Dios mio! no vendrá; ¿qué va á ser de mí, Vírgen santa? (*Se sienta en un banco y solloza, cubriéndose la cara con el delantal.*)

OLIVERIO. (*Saliendo de la posada y dirigiéndose con prontitud hácia María.*) No me engaño; está llorando. ¡Pobre niña!

MARÍA. (*Sollozando.*) Motivos tengo, caballero.

OLIVERIO. ¿Es acaso esa carta lo que os causa tanto pesar?

MARÍA. Sí, señor.

OLIVERIO. ¿Algun amante veleidoso? ¡Ah, pérfido! ¡afligir así á una pobre niña!

MARÍA. ¡Un amante! No tengo ninguno.

OLIVERIO. Entonces será un hermano...

MARÍA. Tampoco lo tengo.

OLIVERIO. Vuestro padre tal vez...

MARÍA. Jamás lo he tenido... Pero tengo padrinos.

OLIVERIO. ¡Padrinos!

MARÍA. Sí, señor; tengo cuarenta.

OLIVERIO. (*Admirado.*) Abundancia estraordinaria. ¡Cuarenta padrinos!... Y ¿sois de este país?

MARÍA. No, señor; nací en una pequeña aldea de la Costa de Oro, compuesta de unas cuarenta casitas y una capilla, bajo cuyo pórtico hace diez y ocho años me encontraron abandonada envuelta en un pobre pañal... Como ninguno de los parroquianos era bastante rico para adoptarme y todos deseaban socorrerme, se me consideró hija de la parroquia, bautizándome con el nombre de María, en honra de la Vírgen su patrona.

OLIVERIO. Siendo así, ¿por qué motivo habeis abandonado á los que os ampararon en vuestra infancia y que tanto deben amaros?

MARÍA. Vais á saberlo. Entre mis cuarenta padrinos habia uno que sabia tocar el serpenton...

OLIVERIO. Instrumento triste.

MARÍA. Y el bandolin.

OLIVERIO. Ese ya es mas alegre.

MARÍA. (*Continuando.*) Mi padrino hace algun tiempo que está en París, donde supe que habia hecho fortuna...

OLIVERIO. (*Interrumpiéndola.*) ¡Qué milagro! ¡Hacer fortuna un artista! pocas veces se ha visto cosa semejante; y sino aquí me teneis á mí, que soy pintor, y que sin embargo jamás tengo una blanca.—Deciais pues...

María. Considerando que no debia ser siempre una carga para la parroquia, quise ir á reunirme con mi padrino y hacer fortuna como él, aprovechando las lecciones de música que me habia dado. Desde entonces solo pensé en París, repasé todas las canciones que sabia, y una hermosa mañana me puse en camino.

Oliverio. ¿Y vuestros padrinos os dejaron marchar así?

María. Me abrazaron...

Oliverio. Lo creo.

María. Me bendijeron y me encomendaron á la Vírgen María, mi patrona...

Oliverio. ¿Y despues?

María. Despues se reunieron, hicieron un reparto entre ellos para costearme los gastos del viaje, y me entregaron siete libras, cuatro sueldos y dos dineros.

Oliverio. ¡Entre los treinta y nueve! Pero, esa cantidad insignificante...

María. Era suficiente para llegar hasta aquí, donde debia venir á recibirme mi otro padrino á fin de acompañarme á París, segun le habian escrito préviamente.

Oliverio. ¿Y bien?

María. ¡Ay, señor! ved la carta que acabo de recibir. (*Se la da.*) Podeis leerla, pues no contiene nada reservado.

Oliverio. (*Leyendo.*) «Querida ahijada: no vengas á París, porque es una ciudad de perdicion; vuelve á la aldea y dí á tus demás padrinos que soy pobre, muy pobre, y que les dispenso de escribirme.» (*Interrumpiéndose.*) Pero esta carta no tiene firma.

María. Es cierto; pero lo mismo da, pues conozco la letra.

Oliverio. ¡Viejo mezquino!

María. (*Tomando la carta y doblando la hoja.*) ¡Calle! está escrita del otro lado. (*Lee.*) «Para el caso que no desistas de tu intento, tomo la precaucion de no darte las señas de mi nueva habitacion.»

Oliverio. Es preciso que vayais mal que le pese.

María. Tal era mi proyecto; pero ¿cómo hacerlo? Despues de pagar á una buena mujer que me ha albergado esta noche, no me ha quedado ni un miserable sueldo, y el conductor del coche no me fiará.

Oliverio. Si en vez de venir de París fuese allá, os pediria que aceptaseis un asiento á mi lado.

María. Os lo agradezco, caballero, pero tendria que rehusarlo.

Oliverio. ¿Por qué motivo?

María. (*Con candidez.*) ¡Toma! porque sois jóven y... no sois mi padrino.

Gila. (*Apareciendo en la puerta de la posada.*) Señor, cuando gusteis... Vuestro almuerzo está servido.

Oliverio. Gracias. Allá voy. (*Gila desaparece.*)

María. Os suplico me dispenseis si os he molestado con el relato de mis desdichas. (*Vuelve á llorar.*)

Oliverio. (*Aparte.*) ¡Pobre niña! no he de abandonarla en tal estado.

María. Si pudiera encontrar un medio de marchar sin pedir dinero á nadie... pero por mas que busco... (*Llevándose la mano á la frente.*) ¡Ah! Ya lo tengo... Sí; eso es... (*Con esperanza.*) Por fin te veré, poblacion ilustre, mansion encantadora donde las bellas artes encuentran un asilo... ¡Oh! sí; ¡iré á París! ¡iré á París!—(*A Oliverio.*) Dignaos decir al conductor que no marche sin mí. (*Se aleja corriendo.*)

ESCENA V.

Oliverio, *solo.*

Héla ya tan alegre como triste estaba hace un momento. Me interesa esa jóven, y en verdad siento que hoy sea la primera y última vez de verla... ¡Pobrecita! ¿qué será de ella en París, sola y sin asilo?... (*Sonriendo.*) Pero nada mejor que mi bohardilla... Es verdad que el casero se ha quedado con los muebles en garantía de los alquileres que le debo; pero todavía tengo derecho de ocuparla dos meses... (*Meditando.*) Sí, sí; esa pobre niña irá á habitarla; pero como si se lo digo se negará á aceptarlo porque no soy su padrino, haré que al llegar á París el conductor del carruaje le entregue una carta para el casero, y así tendrá por lo menos dónde recogerse hasta encontrar al tocador de bandolin. (*Llevándose la mano al corazon y sonriendo.*) Me parece que este bribonzuelo palpita por primera vez, y me considero feliz al pensar que la hermosa María va á ocupar mi habitacion, aunque á la verdad preferiria guardar la mitad para mí. (*Entra en la posada.*)

ESCENA VI.

Nangis, *despues* maese Nicodémus *y* Gila.

Nangis. (*Apareciendo por la izquierda.*) ¡Hola! ¡eh! señor posadero. (*Nicodémus aparece en la puerta de la posada.*) ¿Saheis que en vuestros caminos hay un polvo de mil diablos?... Haced que me sirvan una botella de vino. ¿Teneis Burdeos?

Nicodémus. ¿Pues no he de tener? Escelente, magnífico, riquísimo; no lo encontrareis mejor veinte leguas á la redonda. (*Aparte.*) Jamás lo he visto; pero le daré un vinillo del país, y cuando lo haya bebido... (*Alto.*) Tomaos la molestia de entrar, señor hidalgo.

Nangis. Es inútil; estoy bien aquí. (*Se sienta junto á la mesa.*)

Nicodémus. Como gusteis. (*Llamando.*) ¡Gila! ¡Gila! (*A Gila, que sale de la posada.*) Pronto, una botella de Burdeos para el caballero. (*Le hace señas por detrás de Nangis.*)

Gila. ¡De Burdeos!

Nicodémus. (*Haciéndole señas.*) Sí; de aquel Burdeos, ¿sabes? (*Viendo que Gila no le comprende.*) Pero no; iré yo mismo, pues fácilmente podrias equivocarte, y sentiria en el alma engañar á tan arrogante caballero. (*Entra en la posada.*)

Nangis. (*A Gila.*) Dime, prenda, ¿es ese el castillo de la señora de Herbelay?

Gila. (*Poniendo la mesa.*) El mismo, caballero. (*Aparte, dando un suspiro.*) ¡Ay! ¡me ha llamado prenda!

Nangis. ¿Sabes si está en él su hermano, el caballero de Essonne?

Gila. (*Aparte.*) ¡Ay! cómo me mira. (*Alto.*) Desde ayer se encuentra aquí.

Nangis. (*Aparte.*) Veo que son exactas las noticias que me han dado, y afortunadamente llego á tiempo.

Gila. Ayer tarde se paseó por la orilla del rio durante mas de una hora, y si hubiéseis visto la gente cómo acudia en tropel para verle... las damas sobre todo...

Nangis. ¿De veras? ¿Tan guapo es?

Gila. Figuraos un jóven encantador; un verdadero querúbin, lindo como no hay otro... mejorando lo presente.

Nicodémus. (*Llegando con una botella en la mano.*) Aquí teneis el Burdeos que habeis pedido, señor hidalgo; un vino escelente, magnífico y...

NANGIS. (*Sujetando á Gila por el talle y dándole un beso en la mejilla.*) ¡Vive Dios! no sé si el vino es bueno en este país, pero las muchachas son lindísimas. Toma, hija mia, aquí tienes una pistola por tus hermosos ojos. (*Le da una moneda.*)

GILA. (*La toma, saluda y alarga la otra mano.*) ¿Y por la botella, monseñor?

NANGIS. (*Riendo.*) Es justo. (*Le da otra moneda.*)

NICODÉMUS. (*Aparte.*) Escelente costumbre. (*Durante las últimas palabras, Margarita sale por la verja en traje de caballero.*)

ESCENA VII.

Los mismos y MARGARITA.

NANGIS. (*A Gila.*) Ahora, hermosa mia, corre al castillo de Herbelay, pregunta por el caballero de Essonne, y avísale que el vizconde de Nangis desea hablarle.

GILA. (*Aparte, dirigiéndose hácia la verja.*) No tendré que ir muy léjos para cumplir el encargo.

MARGARITA. (*Ahuecando un poco la voz.*) ¡Hola! ¡Gila!... ¿No es así como te llamas?

GILA. (*Saludando.*) Sí, señor, para serviros. (*Aparte.*) ¡Qué gallardo es!

NANGIS. (*A Nicodémus, desde la mesa.*) ¿A esto llamais Burdeos? ¡Voto á sanes! Si es aguapié...

MARGARITA. ¿Ha venido álguien á preguntar por mí?

GILA. Sí, señor; precisamente hay aquí un caballero que desea hablaros.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡El que ha llegado de París!... ¡Ea! valor. Para ese sobre todo conviene ser el caballero de Essonne.

GILA. (*En voz baja.*) Ahora que estamos casi solos y nadie nos mira... si quereis todavía, yo ya lo quiero.

MARGARITA. ¿Ya lo quieres?... ¿Qué?

GILA. (*Mas bajo.*) Lo que me pedisteis ayer tarde. (*Se toca la mejilla.*)

MARGARITA. (*Aparte.*) ¿Qué le pediria mi hermano?

GILA. (*Con impaciencia.*) Un beso en esa sonrojada mejilla, me dijisteis, no puede negarse.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Ah! ¿Cómo acabará mi comedia si empieza dando besos? (*Alto.*) Vamos. (*Abraza á Gila.*)

GILA. (*Aparte, suspirando.*) ¡Ay! pensé que no me lo daba.

NANGIS. (*Levantándose y viendo que Margarita abraza á Gila.*) ¡Bravo, muchacha! dame la contestacion. (*La abraza á su vez.*)

GILA. (*Escapándose.*) ¡Uf! éste aprieta demasiado.

NICODÉMUS. Malo, lo que es ahora no viene ninguna pistola. (*Entra en la posada seguido por Gila.*)

ESCENA VIII.

NANGIS *y* MARGARITA.

NANGIS. (*Saludando.*) ¿Es al caballero de Essonne á quien tengo la honra de hablar?

MARGARITA. Al mismo, caballero. (*Aparte.*) ¡Qué dicha! no conoce á mi hermano.

NANGIS. No os podeis figurar cuánto me alegro de encontraros. Ya os habrán dicho que soy el vizconde de Nangis; nuestras familias fueron parientes en otro tiempo, y son todavía amigas.—Resuelto á entrar en el servicio, y admitido en la compañía de mosqueteros de monseñor el Cardenal, hace ocho dias solicité el permiso de mi padre, quien, sabiendo que estabais en París, me dijo:—«Sé amigo del hijo, como yo lo fuí del padre. Nos llamaban los inseparables, y alegría ó pesar, fortuna ó desgracia, todo era comun entre de Essonne y Nangis.» —«¡Vive Dios! esclamé, la sangre noble no se desmiente jamás; voy á buscar al caballero de Essonne, y le diré: Nuestros padres fueron amigos, seamos hermanos.»— Marché, pues, y aquí me teneis con una amistad á toda prueba y esta carta de recomendacion.

MARGARITA. (*Aparte, tomando la carta.*) Nada hay que temer de éste. (*Alto.*) Caballero, el nombre de Nangis bastaba por sí solo para aseguraros todo mi afecto.

NANGIS. ¡Bravo! Veo que sereis mi amigo como yo el vuestro, es decir, á vida y á muerte. ¡Ah! nosotros los hijos del Mediodía tenemos el corazon tan ardiente como la cabeza.

MARGARITA. (*Aparte, sonriendo.*) ¡Qué carácter tan franco!

NANGIS. Vuestra mano, si gustais; ¡voto al diablo!

MARGARITA. Con mucho gusto, caballero.

NANGIS. ¡Oh! no; eso no.

MARGARITA. Amigo mio.

NANGIS. ¡Que me place! Este nombre en vuestros labios me hace feliz. En verdad estoy conmovido.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Pobre jóven!

NANGIS. Ahora, amigo mio, permitid...

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¿si querrá tambien darme un abrazo?

NANGIS. (*Vacilando.*) Permitid que os arreste.

MARGARITA. (*Sorprendida.*) ¡Cómo! ¿qué estais diciendo?

NANGIS. La verdad, la mas horrible verdad. En dos palabras os pondré al corriente de lo que ha pasado. Al llegar á París, fuí á ofrecer mis respetos y á enseñar mi uniforme al cardenal de Mazarin; despues de haber espresado mi reconocimiento, juré servirle en cuerpo y alma, y ya me retiraba, cuando llamándome su Eminencia:—«Las deudas se olvidan pronto, señor de Nangis, me dijo, y no quiero sujetar á una larga prueba vuestro reconocimiento y vuestra memoria. Vais á servirme desde luego.»—«¿A dónde hay que ir, Eminencia? ¿al fin del mundo?»—Y palabra de honor que hubiese ido.—«No; repuso el Cardenal sonriendo, solo se trata de ir á Auxerre, preguntareis por el caballero de Essonne, os asegurareis de que está en el castillo de su hermana la señora de Herbelay...» He venido, os he visto, y sois mi prisionero, querido de Essonne.

MARGARITA. Señor de Nangis, me parece que vuestra comision ha acabado, pues podeis decir al Cardenal que me habeis visto tranquilamente instalado en el castillo de mi hermana, y...

NANGIS. ¡Diablo! no es eso todo.

MARGARITA. ¡Cómo!

NANGIS. A lo que parece, el Cardenal se interesa mucho por vos, pues me ha encargado con insistencia que os llevase á París.

MARGARITA. ¡A París!

NANGIS. Sí, vivo ó muerto.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! (*Alto.*) ¿Y vos, señor de Nangis, vos habeis aceptado semejante comision?

NANGIS. ¿Qué quereis? Forzoso era hacerlo, y por otra parte no podia comenzar mejor mi papel de inseparable, pues, segun las órdenes que he recibido, no debo perderos de vista ni un solo instante. Así pues, vamos á ponernos en marcha.

MARGARITA. ¡Hoy mismo!

NANGIS. Al momento. Solo tardaremos el tiempo preciso para ofrecer mis respetos á la noble dueña de ese castillo, á la qué espero os servireis presentarme.

MARGARITA. Recibiria en ello la mayor satisfaccion; pero mi hermana ha ido á reunirse con nuestro tio el comendador.

NANGIS. ¡Mil rayos! ¿Habrá desgracia como la mia? En mi familia solo se oyen elogios de vuestra hermana; baste deciros que hasta las mujeres se los prodigan.

MARGARITA. Lo cual supone que son muy indulgentes.

NANGIS. Creed que hubiera querido juzgarlo por mí mismo. Pero ya que no es posible... marchemos. Hay que andar treinta leguas; pero supongo que tendreis un buen caballo, y galopando toda la noche...

MARGARITA. ¡Treinta leguas á caballo!... ¡Jesus!

NANGIS. Si estais cansado, mandaré enganchar un carruaje de dos asientos, en el cual podremos viajar juntos.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Dios mio, en qué atolladero me he metido!

NANGIS. (*Gritando.*) ¡Eh, mozo! ¡muchacha! (*A Gila, que aparece en la puerta de la posada.*) Di que enganchen el calesin de dos asientos. (*Vase Gila.*)

MARGARITA. Caballero, no quiero absolutamente...

NANGIS. ¿Preferís el caballo? Sea . (*Llamando.*) ¡Muchacha!

MARGARITA. (*Deteniéndole.*) No se trata de eso. No quiero marchar.

NANGIS. Señor de Essonne, mañana me haré matar por vos si es preciso; pero hoy me seguireis ó me quitareis la vida, pues soy soldado y no conozco mas que mi consigna.

MARGARITA. Imposible, amigo mio; no puedo acompañaros de ningun modo.

NANGIS. ¿Cómo no? He jurado presentaros al Cardenal y he de cumplir mi juramento.

MARGARITA. (*En ademan suplicante y cogiéndole las manos.*) Nangis, en nombre del cielo... por la amistad de nuestros padres, por la que me jurabais hace un momento..

NANGIS. (*Rechazándola.*) Bien veo que sois indigno de ella, señor de Essonne, como lo sois del ilustre nombre que llevais, desde el momento que pretendeis apartarme de mi deber.

MARGARITA. (*Con noble ira.*) ¡Caballero!... (*Lleva la mano al puño de la espada.*)

NANGIS. (*Desenvainando la suya.*) Pues es preciso, sea. Al fin y al cabo su Eminencia lo mismo os recibirá vivo que muerto.

ESCENA IX.

Los mismos y RENATO.

RENATO. (*Saliendo por la verja del castillo.*) ¡Cielos! ¿qué veo? (*A Margarita, precipitándose entre los dos.*) Seño... Caballero, olvidais...

NANGIS. (*A Renato.*) Apartad.

MARGARITA. (*Aparte, mientras Nangis trata de separar á Renato.*) ¡Dios mio! ¿qué hacer? Confesar el engaño es imposible... Nangis pertenece en cuerpo y alma al Cardenal... Lo mejor será marchar y ganar tiempo.

NANGIS. (*A Margarita.*) Supongo, caballero, que no permitireis que vuestro criado se mezcle en nuestros negocios?

RENATO. (*A Margarita.*) Por piedad, señora...

MARGARITA. Es inútil, caballero, estoy pronto á seguiros.

NANGIS. (*Envainando la espada.*) Me alegro. Así cumplo mi deber y conservo el amigo, porque espero que olvidareis mis palabras. (*Le tiende la mano.*)

MARGARITA. (*Dándole la suya.*) Y vos mi resistencia. (*Señalando á Renato.*) Supongo que mi mayordomo podrá venir conmigo.

NANGIS. No hay inconveniente. Subirá delante ó detrás, como gusteis.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Ah! iremos solos.

RENATO. (*Bajo á Margarita.*) Pero, señora, ¿á dónde vais?

MARGARITA. (*Bajo á Renato.*) A París. Me arrestan á nombre del Cardenal... Renato, no me abandones.

RENATO. (*Idem.*) ¡Oh, señora! jamás... Pero vuestra carroza ha marchado...

MARGARITA. (*Idem.*) Nangis lo ha previsto todo...

GILA. (*Desde la puerta de la posada.*) El carruaje está pronto.

NANGIS. ¡Ea! amigo mio, en marcha. Es preciso no detenernos mas, pues el Cardenal estará contando los minutos.

MARGARITA. Me falta una capa.

NANGIS. Tomad la mia. Ahora, como en tiempo de nuestros padres, todo debe ser comun entre de Essonne y Nangis.

MARGARITA. (*Rehusando.*) Mil gracias; Renato irá á buscarme la maleta y la capa. (*Renato se va por la verja.*)

ESCENA X.

MARGARITA, NANGIS, OLIVERIO, NICODÉMUS *y despues* MARÍA.

(*Nicodémus sale de la posada con Oliverio, que lleva la caja de colores á la espalda y un baston en la mano.*)

OLIVERIO. (*A Nicodémus, dándole una carta.*) Con que ya lo entendeis, maese Nicodémus...

NICODÉMUS. (*Guardando la carta.*) Perded cuidado; al llegar á París se la entregaré sin decirle de ello una palabra durante el camino.

OLIVERIO. Corriente , amigo mio.

NICODÉMUS. Pero esa muchacha no parece, y es hora de marchar.

MARÍA. (*Saliendo con un bandolin en la mano.*) ¿Quereis conducirme á Paris en vuestro coche?

NICODÉMUS. Con mucho gusto, hija mia; jamás he negado á nadie este servicio, previo el pago de un escudo.

MARÍA. Es que... no tengo dinero.

NICODÉMUS. ¡Canario! siendo así, haced cuenta que nada he dicho.

NANGIS. ¡Voto á! yo pago por esa muchacha.

MARGARITA. Si nos la llevásemos con nosotros...

MARÍA. (*Aparte.*) ¡El jóven de esta mañana! (*Alto.*) Caballeros, agradezco en el alma vuestros ofrecimientos, pero no puedo aceptarlos para no disgustar á una persona que ha sido muy buena conmigo...

OLIVERIO. (*Aparte.*) ¡Me ha mirado! (*Alto.*) Pero ¿cómo vais á hacerlo si rehusais?

MARÍA. Con mi bandolin y mi voz voy á ganar el pasaje.

RENATO. (*Saliendo por la verja con la maleta en la mano y la capa en la otra.—A Margarita.*) Señora, aquí teneis la capa.

NANGIS. Vaya, amigo mio, en marcha.

MARGARITA. (*Aparte, poniéndose la capa.*) Dios mio, dadme valor.

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Bohardilla en el Marais.—En el fondo una puerta entre dos ventanas.—Puertas laterales.

ESCENA I.

HILARION *y* MARÍA.

(*Al levantarse el telon María canta, teniendo un papel de música en la mano. Hilarion le acompaña con el bandolin.*)

MARÍA. Pero, padrino, estais desafinando.

HILARION. ¿De veras?

MARÍA. Pues no

HILARION. Vaya, está visto. Hace una semana, desde que hemos emprendido de nuevo nuestras lecciones, te has convertido en mi maestro y yo en tu discípulo. (*Dándole el bandolin.*) Toma; desembarázame de esto.

MARÍA. ¡Quién habia de decirme que os encontraria tan fácilmente al llegar á París!

HILARION. Parece cuento de brujas. Te apeas del coche despues de haber arrancado los mayores aplausos á los demás viajeros durante todo el camino, y te encuentras en medio de la calle sin saber á donde dirigirte ni á quien pedir asilo, cuando el conductor te entrega la carta de recomendacion de mi ex-inquilino...

MARÍA. Y sin saberlo, me dirijo en derechura á casa de mi padrino.

HILARION. Que al verte queda admirado...

MARÍA. No; que empieza poniéndome mala cara.

HILARION. Es natural; pero cuando veo que tienes talento...

MARÍA. Os decidis á protegerme. ¡Ay! cuando pienso que sin el señor Oliverio...

HILARION. María, te acuerdas demasiado de ese pintorcillo.

MARÍA. ¿Y por qué no? ¡Es tan bueno!

HILARION. ¿Por qué? ¿por qué?... Escucha, hija mia: la fortuna ha querido que encontrases el piso principal, las cuadras y el jardin de esta casa, de que soy modesto propietario, ocupados por el señor de Essonne.

MARÍA. Un caballero muy amable.

HILARION. Tanto mas cuanto que ha cambiado completamente desde su viaje al castillo de la señora de Herbelay, su hermana. Todavía no he sabido esplicarme semejante metamórfosis. Ya no hay duelos, ni lascanete, ni... ni...

MARÍA. ¿Ni qué?

HILARION. Ni... nada, vamos, nada. Gracias á lo mucho que por tí se interesa y á la proteccion de su buen amigo el vizconde de Nangis, has tenido ya la honra de ser presentada dos veces al señor director de los grandes conciertos de la reina. Hoy debes sufrir la tercera prueba, y...

MARÍA. Sí; pero ¿qué tiene que ver todo esto con el señor Oliverio?

HILARION. (*Con énfasis.*) María, cuando se está en camino de hacer fortuna, como te pasa á tí, es una gran imprudencia acordarse de los pintores... sobre todo si son pobres.

MARÍA. No os canseis, querido maestro; jamás podré echar en olvido al que ha sido mi primer amigo; al que me ha hecho encontrar tan fácilmente á mi cuadragésimo padrino; al que...

HILARION. (*Interrumpiéndola.*) A propósito de tus padrinos, ¿supongo que al escribir á los otros treinta y nueve no les habrás dado las señas de mi casa?

MARÍA. ¡Ay! no; se me ha olvidado.

HILARION. Respiro. Has hecho perfectamente, pues serian capaces de venir todos á París.

MARÍA. (*Escuchando.*) Me parece que oigo pasos.

HILARION. Será algun enviado del señor director.

ESCENA II.

Los mismos, MARGARITA *y* RENATO.

MARÍA. Es el caballero de Essonne.

MARGARITA. (*Saliendo, aparte.*) He logrado pasar otra mañana sin dar que sospechar; pero ¡qué tormento!

HILARION. ¡Hola! hola! ¿se viene ya de dar el paseo acostumbrado por la plaza Real?

MARGARITA. Sí, amigo mio.

MARÍA. (*Saludando.*) Buenos dias, caballero.

MARGARITA. Buenos dias, María. (*A Hilarion.*) Maese Hilarion, acabo de encontrar al *signor Casa Bianca*.

HILARION. ¡El señor director!... ¿Y bien?

MARGARITA. Me ha dicho que vayais sin demora á la intendencia.

HILARION. ¡Bravo! pronto, pronto; mi baston, mi fieltro... No corro, vuelo. (*Tomando el fieltro y el baston, que María le dá.*) María, ponte tu mejor vestido... el de los domingos, que has traido de tu pueblo. Es muy conveniente.

MARÍA. ¡Cómo, padrino! ¿quereis que vaya á la córte en traje de aldeana?

HILARION. Sí, sí; será mas chocante, mas original... Vamos, vamos, á vestirte. (*Se dirige hácia la puerta y vuelve.*) ¡Ah! sobre todo no olvides el almuerzo. (*Vase por el foro. María entra en su cuarto.*)

ESCENA III.

MARGARITA, *sola.*

¡Pobre niña! Sin ella, ¿qué habria sido de mí, llegando sola con ese Nangis, que no me abandonó ni un solo momento durante el viaje, y que se habia empeñado en llevarme á su casa ó instalarse en la mia? Por fin logré desembarazarme de él, y ya dormía descansando de las fatigas del viaje, cuando llaman con estrepito á la puerta... Era un acreedor de mi hermano, á quien sólo pude apaciguar pagándole lo que le debia. Conciliaba de nuevo el sueño, pero vuelven á llamar... Esta vez era con temor y hácia el lado de la puerta secreta; me asusto, miro antes de abrir, y veo á una pobre niña, hermosa, trémula y sonrojada, cuyos dulces ruegos no quise oir, porque me daba miedo semejante acreedor. ¡Oh, hermano mio! tienes deudas que tu hermana no puede pagar aunque quiera. Cada dia se repite lo mismo; siempre encuentro amigos que me aprietan la mano hasta descoyuntármela; éste quiere llevarme al picadero, aquel á la sala de armas, el de mas allá... no sé donde. Vamos, hay para perder la cabeza; pero el mas terrible de todos es Nangis, que se ha convertido en mi inseparable... (*Pensativa.*) Sin embargo, de dos dias á esta parte es menos asiduo... Tanto mejor; si esto pudiese durar hasta la vuelta de Raul...

NANGIS. (*Dentro.*) ¡Voto á Satanás! Pensé romperme la crisma.

MARGARITA. Aquí está mi pesadilla.

ESCENA IV.

MARGARITA *y* NANGIS.

NANGIS. Por fin os encuentro, amigo mio. Me parece que hace un siglo que no nos hemos visto. ¡Dos dias! ¡Oh! os juro que no volverá á suceder. Orestes sin Pílades no es mas que un cuerpo sin alma... Venga un abrazo.

MARGARITA. (*Volviéndose.*) Buenos dias, querido vizconde. Tomad asiento.

NANGIS. (*Aparte.*) ¡Pues es gracioso! ¿Habráse visto muchacho mas frio? (*Alto.*) Con que, por lo visto habeis elegido para vivir la habitacion de María. ¡Ah, truhan!

MARGARITA. Tenia que darle una buena noticia, pues espero que hoy mismo obtendrá...

NANGIS. Bien; eso no me concierne. Hablemos de vos, de mí; tengo mucho que deciros.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¿Si habrá descubierto algo?

NANGIS. Ante todo quiero haceros una proposicion. El vos entibia la conversacion, y como soy muy parlanchin, me incomoda y...

MARGARITA. ¿Qué quereis decir?

NANGIS. Quiero decir tú, en lugar de vos.

MARGARITA. ¡Cómo! ¿quereis tutearme?

NANGIS. Haciéndolo vos tambien, pues no soy egoista.

MARGARITA. Es que cuando uno no está acostumbrado...

NANGIS. Se acostumbra ¡voto á!... Por mi parte empiezo dándote el ejemplo, y vas á ver como pronto sabrás seguirme. ¡Ah! se me olvidaba el objeto de mi visita. Quiero comunicarte un secreto... (*Con misterio.*) Has de saber que desde ayer estoy enamorado.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿Qué irá á decir? (*Alto.*) Mas tarde, pues ahora he de salir, amigo mio.

NANGIS. (*Deteniéndole.*) No; ahora mismo, y despues saldremos juntos.—Te decia pues que estoy enamorado... ¿de quién dirás?

MARGARITA. No tengo curiosidad de saberlo.

NANGIS. Vaya, ¿á que no lo aciertas?

MARGARITA. (*Aparte.*)¡Cómo me está mirando! (*Alto.*) No sé..

NANGIS. (*Con entusiasmo.*) Hace treinta y seis horas y algunos minutos que amo, ó mejor dicho idolatro á una mujer... no, á un ángel, que se te parece como una gota de agua á otra gota. Supongo que esto te agradará, ¿eh?

MARGARITA. (*Aparte.*) Todo lo sabe; ¡estoy perdida!

NANGIS. Ayer mañana recibí una carta de mi padre y un retrato...

MARGARITA. No entiendo...

NANGIS. Mira y comprenderás. (*Le da un retrato.*)

MARGARITA. ¡Cielos, qué miro! El retrato...

NANGIS. De tu hermana.

MARGARITA. Sí por cierto. (*Aparte.*) Nada sabe. (*Alto.*) Pero ¿cómo está en vuestro poder este retrato?

NANGIS. ¡Oh! no te enojes; no sospeches de tu hermana, á quien te aseguro que solo conozco por el retrato... A lo que parece, desde hace mucho tiempo nuestros abuelos habian proyectado un enlace entre la encantadora señora de Herbelay y tu amigo Nangis, por cuyo motivo tu tio el comendador ha enviado ese retrato á mi padre, que se ha apresurado á remitírmelo...

MARGARITA. (*Olvidándose.*) Pero jamás me habian hablado de este asunto...

NANGIS. ¿Acaso se ha de decir todo á los hermanos? ¡Vaya! ¿por ventura te conciernen semejantes negocios?—(*Continuando.*) Como iba diciendo, me hablaron de ese enlace; pero no quise resolverme sin conocer antes á la que se me destinaba por esposa, porque al fin y al cabo aunque fuese una de Essonne podia ser fea. Pero ese retrato me ha embelesado, enagenado, arrobado. «Sin embargo, me he dicho, el matrimonio es un asunto muy grave y digno de meditarse con detencion.» Me he encerrado en mi cuarto durante treinta y seis horas solo con tu hermana, á quien he mirado y estudiado profundamente, y héme aquí el mas enamorado de los mortales.

MARGARITA. ¿De veras? ¡En treinta y seis horas!

NANGIS. Sí, porque he querido reflexionarlo detenidamente; pero en honor á la verdad debo decir que á los quince minutos mi resolucion estaba ya tomada... Qué quieres: los gascones somos así, nos inflamamos como la estopa. Además, tu hermana es encantadora...

MARGARITA. Regular.

NANGIS. (*Aparte.*) Está visto: este muchacho es insensible... ¡Lo que son hermanos!... (*Alto.*) En cuanto á mí, te confieso que esa hermosa cabeza ha trastornado la mia. (*Dirigiéndose al retrato, que toma de manos de Margarita.*) Sí, hermosa Margarita...

MARGARITA. (*Aparte.*) No hay duda, va á hacerme una declaracion.

NANGIS. Sí; te amo, te adoro, soy tu esclavo. Jamás ojos tan hermosos habian hablado así á mi corazon. Esa sonrisa encantadora, esa mirada angelical... ¡Oh! te amo, te amo. (*Besa el retrato.*)

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Dejarme besar sin que pueda defenderme!

NANGIS. Se lo dirás así, ¿no es verdad?

MARGARITA. No, porque se ofenderia.

NANGIS. Tienes razon; no le hables de mis locuras, nada le digas del beso que por centésima vez acabo de darle. Mi padre me pondera en su carta la sensible y tímida modestia de tu hermana... (*Con entusiasmo.*) Tesoro de talento y de hermosura, sin haberte visto te adivino; tu sonrisa es la bondad, tu mirada los encantos celestiales... (*Movimiento de Margarita.*) Amigo mio, deja que rodee á mi ídolo de la mas brillante aureola para adorarle mejor.

MARGARITA. (*Aparte.*) Si llegase á descubrir... ¡Oh! moriria de vergüenza.

NANGIS. Y ahora que sabes el secreto de mi corazon, toma mi brazo y salgamos.

MARGARITA. He variado de opinion y me quedo.

NANGIS. Imposible; es preciso que me sigas. Orden del Cardenal.

MARGARITA. ¿Del Cardenal?

NANGIS. He obtenido una audiencia de Mazarin, y quiero hacerte hoy mismo mi regalo de boda.

MARGARITA. Alguna otra locura. No quiero ir.

NANGIS. ¡Voto al diablo! ¿Sabes que estás impolítico conmigo? Lo sufro porque eres tú... pero faltar al respeto debido á un príncipe de la Iglesia, desobedecer á un primer ministro que puede abrir la Bastilla con una mano y cerrarla con la otra...

MARGARITA. ¡La Bastilla!

NANGIS. Te aconsejo que lo medites bien.

MARGARITA. Pero ¿qué me quiere?

NANGIS. Es una sorpresa que te preparo. Quedarás contento.

MARGARITA. Ya que es preciso, marchemos. ¡Ah! mis guantes...

NANGIS. Toma los mios; tengo otro par. Pero no; te vendrian pequeños.

MARGARITA. Gracias. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿qué vá á ser de mí?

NANGIS. Pronto, pronto; al Cardenal no le gusta aguardar. (*Vanse por el foro.*)

ESCENA V.

MARÍA, *sola.*

(*Sale vestida de aldeana á tiempo que los otros desaparecen.*)

Héme aquí, caballero; ¿qué tal me encontrais? (*Mirando á todos lados.*) ¡Calle! debia estar conmigo todo el dia y se ha marchado. Ya estrañaba yo que un caballero tan gentil quisiera perder el tiempo junto á una pobre aldeana, casi una criada... ¡Ah! esto me hace recordar que he de poner la mesa. (*Durante lo que sigue pone la mesa.*) Otra tal vez tendria miedo de hablar con un jóven como el señor Raul; pero no sé porqué á mí no me causa ninguna impresion ni me acuerdo nunca de él. (*Suspirando.*) ¡Ay! tal vez proviene de que me acuerdo mucho de otro, que me miraba con tanta ternura... ¡Cuán loca soy! Ya debe haberme olvidado, pues el que me favoreciese una vez, no es motivo para acordarse de que hay aquí un corazon lleno de agradecimiento que no le olvidará jamás. (*Acabando de poner la mesa.*) ¡Ea! ya está todo corriente, y cuando venga mi padrino... (*Llaman á la puerta del foro.*) Entrad. (*Se abre la puerta y sale Oliverio.*) ¡Ah! es él.

ESCENA VI.

MARÍA *y* OLIVERIO.

OLIVERIO. ¡María!

MARÍA. ¡Oliverio!

OLIVERIO. ¿Os acordais de mi nombre? ¿No lo habeis olvidado?

MARÍA. ¡No faltaria mas! Pero ¿cómo estais en Paris?

OLIVERIO. Hermosa María, el viajero viene hoy á su vez á pediros hospitalidad.

MARÍA. Estais en vuestra casa, señor Oliverio. ¿Habeis almorzado ya?

OLIVERIO. (*Con embarazo.*) Deberia haberlo hecho, pero por una serie de circunstancias independientes de mi voluntad...

MARÍA. Estais en ayunas.

OLIVERIO. Cabal.

MARÍA. Siendo así, sentaos á la mesa.

OLIVERIO. Acepto sin cumplidos... so pena de la vida. (*Toma una silla y se sienta junto á la mesa, mirando á María.—Aparte.*) Cuanto mas la miro, mas hermosa la encuentro.

MARÍA. (*Tomando otra silla y sentándose.*) ¡Ah! ¿Y mi padrino?... ¡Bah! (*Sirve á Oliverio.*) Entretanto decidme ¿cómo no estais ya en Borgoña? ¿por qué habeis vuelto á Paris? ¿porqué estabais tan cansado, y tan descompuesto al entrar?

OLIVERIO. ¿Tantas preguntas á la vez y almorzar? Es imposible; pero procuraré salir del paso. Empiezo pues. (*Come.*)

MARÍA. Tened cuidado; vais á atragantaros.

OLIVERIO. ¡Oh miserable constitucion humana! ¡Estar á vuestro lado y pensar en otra cosa que en miraros!... Servios darme un trozo de ese jamon.—Debia permanecer tres meses en los bosques de Morvan, pero á los ocho ó diez dias ya estaba aburrido como un ermitaño.

MARÍA. ¿Sin saber por qué?

OLIVERIO. Sabiéndolo.—¿Quereis darme un poco de vino?

MARÍA. (*Sirviéndole el vino.*) Y ¿por qué os aburríais?

OLIVERIO. Escuchad, María; no os lo digo porque me dais de almorzar, pero la primera vez que os ví, me parecísteis tan hermosa, que vuestra imágen no ha podido borrarse de aquí (*señalando la cabeza*), ni de aquí (*poniéndose la mano sobre el corazon*).—Hacedme el favor de un poco de pan.

MARÍA. (*Aparte.*) ¡Cuán bien he hecho en no olvidarle!

OLIVERIO. (*Tomando el pan que le da María.*) Gracias.—De modo que no pudiendo vivir sin veros, he tomado mi caja y mi baston, y me he puesto en camino.

MARÍA. ¡Cómo! ¿habeis venido á pié?

OLIVERIO. Sí; un poco por gusto y un poco por consideracion á mi bolsillo.

MARÍA. (*Sonriendo.*) Segun eso, señor Oliverio, ¿no apaleais el oro?

OLIVERIO. Ni tampoco la plata.

MARÍA. Tanto mejor.

OLIVERIO. ¿Por qué?

MARÍA. Porque yo tambien soy pobre.

OLIVERIO. Pero en cambio sois hermosa.

MARÍA. Es mi única dote... ¡Ah! no; además tengo protectores; ¿y vos?

OLIVERIO. Tambien tengo uno con quien puedo contar; un rico italiano para el cual, siendo yo muy jóven, pinté en Florencia algunos frescos bien acabados... El *signor Casa Bianca.*

MARÍA. ¿El intendente de música de la reina?

OLIVERIO. El mismo.

MARÍA. Pues bien, es preciso que vayais á verle.

OLIVERIO. ¿A verle en la córte? Lo he intentado tres veces, y ¿sabeis lo que me ha sucedido con los señores pajes y lacayos? La primera vez me han dicho: «Esperad;» la segunda: «Volved;» y la tercera... me han puesto en la calle.

MARÍA. ¿En la calle? ¿Pero á lo menos lo harian cortesmente?

OLIVERIO. Nadie es cortés cuando pone á la gente en la calle.—¿Quereis darme un poco de vino? (*María le sirve.*)

ESCENA VII.

Los mismos é HILARION.

HILARION. (*Saliendo.*) ¡Qué veo! un hombre... ¡comiéndose mi almuerzo!

MARÍA. ¡Ah! mi padrino.

OLIVERIO. (*Sin mirar.*) ¡Su padrino!

HILARION. (*A María.*) Señorita, ¿me direis qué significa?...

MARÍA. (*Con timidez.*) Es que... tenia hambre y...

HILARION. Tambien yo la tengo y no poca. (*Adelantándose y mirando á Oliverio.*) Pero no me engaño; es el señor Oliverio.

OLIVERIO. (*Mirándole.*) ¡Mi casero!

HILARION. ¡Mi inquilino que me debe tres meses!

OLIVERIO. ¿Cómo vamos, amigo mio? (*Le pone la mano en el hombro.*)

HILARION. (*Apartándole.*) Caballerito, luego os diré mi mo-

do de pensar; ahora estoy tan alegre, tan contento, que... vamos, no puedo encolerizarme. ¡Ah, María!... ¡María!... ¡María! Soy el mas dichoso de los padrinos.

MARÍA. ¿Qué sucede?

HILARION. Te has puesto el vestido de las fiestas... ¡Bravo!

MARÍA. Pero ¿por qué?

HILARION. ¿A qué no aciertas á quién vas á ver?

MARÍA. ¿Al director de música de la corte?

HILARION. Sí; pero ¿á quién mas?

MARÍA. ¡Qué se yo!

HILARION. (*Con entusiasmo.*) ¡A la reina!... ¡A la reina en persona!

OLIVERIO. ¿Será posible?

MARÍA. ¡Qué fortuna!

HILARION. Sí; quiere oirte cantar las canciones de nuestro país, aquellas hermosas canciones que yo te he enseñado... que yo te he enseñado, ¿lo entiendes? Pronto vendrá á buscarte una carroza, y yo te acompañaré.

MARÍA. ¿Vos, padrino?

HILARION. Tengo una órden para entrar en el Louvre... Si logras agradar, nuestra fortuna está asegurada.

MARÍA. ¿Con que hoy va á decidirse mi suerte?... Pero ¿qué teneis, señor Oliverio? Estais pensativo. ¿Acaso temeis por mí?

OLIVERIO. Por vos no, María; solo temo por mí.

MARÍA. Esplicaos.

OLIVERIO. Adios, María; la fortuna nos separa. Adios para siempre.

HILARION. Así me gustais jóven; marchad, marchad.

MARÍA. (*Aparte.*) ¡Ah! (*Alto.*) Quedaos.

HILARION. ¡Eh!

MARÍA. Para alcanzar un brillante porvenir solo necesitais entrar en el Louvre, ver al señor de Casa Bianca...

HILARION. No es fácil entrar en el Louvre; para ello se necesita una órden especial.

MARÍA. Supuesto que vos teneis una...

HILARION. Para mí.

MARÍA. No; para él.

OLIVERIO. (*Aparte.*) ¡Para mí!

MARÍA. Vos nada teneis que pedir... Vamos, consentís, ¿no es verdad?

HILARION. De ningun modo, antes al contrario me opongo con todas mis fuerzas.

OLIVERIO. (*A María.*) Os agradezco vuestros buenos deseos, pero bien veis que es imposible.

HILARION. Ya lo oyes; el señor Oliverio es mas razonable que tú.

MARÍA. Mi buen padrino... padrinito mio... (*Le acaricia.*)

HILARION. No te canses, porque nada obtendrás.

MARÍA. ¿Y si os lo pidiese encarecidamente?

HILARION. Seria inútil. (*Se oye el ruido de un carruage. Hilarion corre á la ventana.*) Un carruage se para en la calle... es la carroza de la córte que viene á buscarnos... (*Con énfasis.*) María, el carro de la fortuna nos espera en la puerta.

OLIVERIO. Adios, María, adios. (*Ademan de irse.*)

MARÍA. (*Deteniéndole.*) Quedaos.— Con que, padrino, ¿reusais definitivamente?

HILARION. De...fi...ni...ti...va...men...te. Vaya, despachémonos. (*Viendo que María se sienta en un sillon.*) Y bien, ¿qué haces?

MARÍA. No voy al Louvre.

HILARION. ¡Cómo!

MARÍA. No puedo cantar.

HILARION. ¿Qué estás diciendo?

OLIVERIO. (*Bajo á María.*) ¡Ah! os comprendo, pero jamás consentiré...

HILARION. Eso es una broma .. horrible.

MARÍA. No cantaré.

HILARION. (*Bajo.*) Pero ¿y la reina... la reina, que está aguardando?

MARÍA. (*Idem.*) No cantaré.

HILARION. María, mi buena María... ¿y si te lo pidiese encarecidamente?

MARÍA. Seria completamente inútil.

HILARION. ¿Conque rehusas?

MARÍA. De...fi...ni...ti...va...men...te. No estoy en voz. Bien veis como hablo. (*Tose.*)

HILARION. ¡Ah, víbora! Ensaya un poco; á ver...

OLIVERIO. (*Aparte.*) Cayó en la red.

MARÍA. ¡Dios mio! yo bien quisiera, pero será imposible; ved sino. (*Canta acompañándola Hilarion.*)

¿Cómo quieres que entone
mi débil canto,
si me siento afectada,
ay! del *orgasmo*?
(*Tosiendo.*) Ja! ja! ja! ja! quedará
satisfecha su majestad!

HILARION. (*Despues de haber dado á conocer con el ademan que adivina el ardid.*) Cedo. (*Deja el bandolin que habrá tomado para acompañar á María.*)

OLIVERIO. (*Aparte.*) ¡Cede!

MARÍA. (*Bajo á Oliverio.*) Estaba segura de ello. (*Alto.*) Dadme la órden.

HILARION. (*Dándole un papel.*) Toma: pero supongo que...

MARÍA. Descuidad; me habeis curado.—Venid, señor Oliverio.

OLIVERIO. (*Ofreciendole la mano.*) María, voy á hacerme digno de vos. (*Vanse por el foro.*)

ESCENA VIII.

HILARION, *solo.*

(*Acercándose á la ventana y abriéndola.*) ¡Hija mia! El corazon me dice que alcanzarás un éxito portentoso, un verdadero triunfo, porque... eres mi discípula.—Me parece que la estoy viendo en medio de la córte; las nobles damas y los caballeros la escuchan estasiados, guardando un silencio sepulcral... Ya ha acabado, y todos la aplauden, rodeándola para preguntarle quién es su maestro... (*Mirando por la ventana.*) ¡Ah! y ese tunante de Oliverio, que se ha apoderado de mi puesto... (*Cierra la ventana.—Reflexionando.*) Sin embargo, si ese muchacho tiene talento... mucho talento... Pero ¿y si no lo tiene? ¿si carece de ingenio para hacerse protejer?

ESCENA IX.

HILARION *y* MARGARITA.

MARGARITA. (*Saliendo y tirando el sombrero sobre la mesa.*) ¡Porta-estandarte! ¡Acabo de ser nombrado porta-estandarte de los mosqueteros!... ¡Y era esta la sorpresa que me preparaba el señor de Nangis!—Esta tarde quiere presentarme á su capitan, y tendré que recibir el abrazo de toda la compañía.

HILARION. Os felicito por ello. Pero ¿cómo no habeis ido al Louvre á oir á mi ahijada?

MARGARITA. Queria veros para preguntaros si por fin ha llegado alguna carta para mí.

HILARION. ¿De Burdeos?

MARGARITA. Si.

HILARION. (*Sacando una carta del bolsillo.*) Aquí teneis una, que acaba de llegar.

MARGARITA. ¡Oh! dadme, dadme pronto. (*Aparte.*) Sin duda me anuncia su regreso. ¡Estoy salvada!

HILARION. (*Aparte.*) Ya entiendo. Será alguna nueva querida, á la que sacrifica las antiguas. ¡Uf!

MARGARITA. (*Leyendo en voz baja.*) «Querida hermana: por tu carta veo la crítica situacion en que te ha colocado tu condescendencia para conmigo. Si solo temiese comprometerme á mí mismo, vendria á ocupar mi puesto, despreciando toda suerte de peligros; pero el príncipe no quiere confiar á otro que á mí su contestacion á la señora de Longueville, y esto me detendrá unos quince dias; puede ser que...» (*Interrumpiéndose.*) ¡Quince dias, Dios eterno!

HILARION. A lo que parece, los amores no van muy bien por allá bajo... Pero ahí teneis la amistad, que viene á consolaros. (*Sale Nangis, seguido por un lacayo que trae un lio.—Margarita oculta la carta.*)

ESCENA X.

Los mismos y NANGIS.

NANGIS. ¡Uf! por fin hemos llegado. Estaba seguro de encontrarte aquí. (*Al lacayo.*) Deja eso y vete. (*A Margarita.*) Lo que es por esta vez, amigo de mi alma, vas á estrecharme entre tus brazos, ó digo que eres el mas ingrato de los hombres.

[ARGARITA. (*Aparte.*) ¿Qué nueva calamidad me amenaza?

[ANGIS. Despues de haber recibido de manos del secretario del ministro tu despacho de porta-estandarte, has querido marcharte sin aguardar á su Eminencia, que estaba en el Louvre. Afortunadamente, detenido por mi servicio, he visto llegar al Cardenal, que por cierto tenia un humor de mil diablos.—«Señor de Nangis, me ha dicho, á veces circulan en la córte rumores muy estraños... Hace poco se hablaba de vos y de vuestro amigo... de vuestro amigo, á quien desearia ver. Direis que le hagan entrar de guardia esta noche, y se le pondrá de centinela á la puerta de mi galería.»—¿Comprendes toda tu dicha? ¡Estás de guardia... de guardia en las habitaciones del Cardenal!

[ARGARITA. (*Aparte.*) Eso solo me faltaba.

[NGIS. Si; su Eminencia quiere verte y, bien lo sabes, obedecer con prontitud es obedecer dos veces. Mazarin va á visitar el arsenal acompañado de una escolta de que debo formar parte; puedes venir conmigo, harás caracolear el caballo á la portezuela de la carroza, y yo diré al Cardenal:—«Monseñor, ahí teneis al caballero de Essonne, que no ha querido aguardar á la noche para ponerse á vuestras órdenes.»

[ARGARITA. Pero ¿estais loco, Nangis? Yo no puedo entrar de guardia.

[GIS. ¿Y por qué no?

[GARITA. Mi equipo está incompleto.

[GIS. No te apures. Aquí traigo uno, que te irá pintado.

[GARITA. No puedo ir de escolta.

[GIS. ¿Por qué razon?

MARGARITA. Porque... no tengo caballo.

NANGIS. No le hace. Tengo dos, y te he hecho traer el mas brioso, Vesubio.

HILARION. No podeis quejaros; piénsa en todo.

NANGIS. ¡Ea! vístete; voy á ayudarte... Pronto, pronto, que la escolta va á pasar.

MARGARITA. (*Con impaciencia.*) No, no, no.

NANGIS. ¿Qué dices?

MARGARITA. Digo que me hareis morir de impaciencia y de cólera; digo que no quiero ir de guardia; digo que no quiero montar á caballo; digo...

HILARION. (*Aparte.*) No hay duda; ha cambiado completamente.

NANGIS. (*Admirado.*) ¿Supongo que será una broma?...

MARGARITA. Es la pura verdad.

NANGIS. Siendo así ¿debes tener un motivo muy poderoso para no venir con nosotros á escoltar al Cardenal y para negarte á servir esta noche tu primera guardia?

MARGARITA. Este es mi secreto.

NANGIS. ¡Magnífico! Pero este secreto no ha sido tan bien guardado, que no haya llegado á traslucirse algo.

MARGARITA. (*Aparte.*) Estoy temblando.

NANGIS. Y esto me recuerda cierta conversacion que hace poco tenia el señor de Souvré, uno de nuestros camaradas.

MARGARITA. Y ¿qué decia el señor de Souvré?

NANGIS. Pretendia haber visto en Burdeos, hace seis dias, al caballero de Essonne.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Gran Dios!

HILARION. ¡Qué locura!

NANGIS. Silencio, vejete. (*A Margarita.*) Esto es imposible, pues estabas aquí; pero hay un misterio que tú solo puedes esplicarme.

MARGARITA. (*Tratando de reponerse.*) Nada tengo que deciros.

NANGIS. ¡Bien! ¡muy bien! Pero Souvré forma parte de la escolta y podrá decirme algo. (*Se oye un toque de trompeta.—Hilarion se dirige á la ventana.*) Ya pasa la compañía; voy á reunirme con ella, porque yo no falto al servicio... yo no deserto.—Me marcho, señor de Essonne, pero volveré... volveré. (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA XI.

MARGARITA é HILARION.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! todo se ha descubierto! Raul está perdido, pues me faltan las fuerzas y el valor... (*Cae sobre una silla.*)

HILARION. ¡Canario! (*Sosteniéndola.*) ¡Caballero! ¡caballero!... se pone malo... se desmaya... ¡Socorro! socorro!

MARGARITA. (*Haciendo un esfuerzo.*) ¡Oh! no llameis... Aire... un poco de aire...

HILARION. (*Corriendo hácia la ventana y abriéndola.*) No os asusteis; aquí tengo agua de melisa. (*Sacando una botella de la alacena.*) Esto es muy bueno para los nervios. (*Acercándose á Margarita.*) Vaya, aspirad fuerte, fuerte. Pobre jóven ¡cuán pálido está!... Es un síncope. (*Haciendo lo que dice.*) Dejad que os frote las sienes... Ahora las manos. (*Le toma la izquierda.*) Venga la derecha. (*Se la coge, y al abrirla encuentra la carta.*) ¿Qué es eso?... ¡Ah! la carta de Burdeos, que sin duda es causa de lo que sucede... No vuelve en sí... (*Abriendo la carta.*) ¿Qué

le dirán de Burdeos? (*Leyendo.*) «Querida hermana.» (*Con sorpresa.*) ¡Eh! (*Continua leyendo.*) «La señora de Herbelay en París bajo mi nombre...» (*Hablando.*) ¡Era su hermana! Hé aquí porqué le encontraba tan cambiado. ¡Es una mujer!... ¡una mujer á quien el señor de Nangis ha hecho nombrar porta-estandarte de los mosqueteros del Cardenal! ¿A qué vendrá este disfraz? ¡Bah! ya que he empezado... (*Leyendo.*) «El señor príncipe... la señora duquesa de Longueville...» Ya, se trata de alguna conspiracion. «Guarda bien nuestro secreto, porque tu ab»negacion podria costarte la libertad; tal vez ese pobre »Nangis pagaria mas cara aun su inocente complicidad, »y el mismo Hilarion, de quien me hablas, se veria sin »duda comprometido y aun probablemente ahorcado.» ¡Ahorcado!

MARGARITA. (*Volviendo en sí.*) ¿Dónde estoy? ¿qué ha sucedido?

HILARION. Ya vuelve en sí.

MARGARITA. Maese Hilarion... la carta en sus manos... ¡Oh, todo lo sabe!

HILARION. Al contrario; no sé nada, absolutamente nada, señora.

MARGARITA. ¡Ah! por piedad, no descubrais el secreto que acabais de sorprender.

HILARION. Señora, yo no he sorprendido ningun secreto. Nada he leido... no sé leer, y sostendré siempre que sois el caballero de Herbelay... no, no; la señora de Essonne.

MARGARITA. ¿Qué estais diciendo?

HILARION. Digo... digo que no quiero ser ahorcado.

MARGARITA. ¡Cómo!

HILARION. ¿Cómo? ¡Canario! no hay dos modos de serlo. Y vos que no habeis temido comprometerme, que no habeis...

MARGARITA. (*Interrumpiéndole.*) Tranquilizaos. Fingir por mas tiempo es imposible; lo confesaré todo...

HILARION. ¡Válgame san Hilarion! ¿Os habeis empeñado en ahorcarme y en enviar al pobre señor de Nangis á la Bastilla?

MARGARITA. No os entiendo.

HILARION. Pues bien claro está. ¿No habeis leido toda la carta?

MARGARITA. No; estaba tan turbada... (*Lee la carta para sí.*) ¡El señor de Nangis comprometido por mi causa!

HILARION. La última línea sobre todo es horripilante. (*Señalándola.*) «Hilarion mismo se veria sin duda comprometido, y aun probablemente ahorcado.»

MARGARITA. Pero yo no quiero...

HILARION. Ni yo tampoco ¡voto á!...

MARGARITA. No; yo no quiero que el señor de Nangis sea víctima de su noble y honrada confianza. Quiero salvarle á toda costa; pero ¿qué resolucion tomar? ¿qué hacer?

HILARION. Escuchad.—Solo se han concebido algunas sospechas, y es preciso destruirlas por completo.

MARGARITA. Sin duda. Veamos. ¿qué me aconsejais?

HILARION. Señora... es preciso probar que sois hombre.

MARGARITA. Pero...

HILARION. No hay pero que valga. Es menester dar la guardia, montar á Vesubio y completar en seguida vuestro equipo.

MARGARITA. Teneis razon. Solo la audacia puede salvarme, lo propio que á Nangis.

HILARION. Y á mí sobre todo. Queda pues convenido que sois hombre. Aquí teneis vuestra capa, señora. (*Sacándola del lio que dejó el lacayo.*) Os irá magníficamente. Un hermoso tahalí; en fin, todo lo necesario. Vaya, sereis un porta-estandarte hecho y derecho... (*Reflexionando.*) ¡Ah! se nos olvidaba una cosa muy esencial.

MARGARITA. ¿Qué?

HILARION. Seria una prueba sin réplica.

MARGARITA. Hablad.

HILARION. Debeis tomar una querida, pues todos los mosqueteros la tienen, y podrian notar que vos...

MARGARITA. Imposible.

HILARION. Seria menester una querida muy inocente, muy cándida, que solo conociese el amor por el nombre; pero ¿quién encuentra esto en París?

MARGARITA. (*Dentro.*) ¡Padrino! ¡padrino!

HILARION. ¡Ah! ya la tengo... ya la tengo.

MARGARITA. ¡María! Jamás consentirá...

HILARION. Respondo de ello con tal que me secundeis.

ESCENA XII.

Los mismos y MARÍA.

MARGARITA. (*Saliendo.*) Soy pensionada de la reina, y Oliverio sale para Fontainebleau, donde hay que pintar una magnífica galería. ¡Querido padrino! ¡mi buen vizconde! (*A Margarita.*) Pero ¿qué teneis? Estais conmovido, turbado...

HILARION. ¡Ay!

MARGARITA. ¡Ay!

MARÍA. ¿Qué acontece?

HILARION. Si supieras en qué posicion se encuentra el señor de Essonne...

MARGARITA. Derramarias amargas lágrimas.

MARÍA. ¿Vos una desgracia; un disgusto vos, que tan bueno habeis sido para mí?

HILARION. Tal como le ves, está á dos pasos de la Bastilla.

MARÍA. ¡De la Bastilla!

MARGARITA. Sí; de aquella cárcel que el otro dia te enseñé.

HILARION. ¡Y yo, hija mia!... ¡Y yo!

MARGARITA. ¿Tambien estais en peligro?

HILARION. Nada menos que de verme ahorcado.

MARGARITA. ¡De veros ahorcado!

HILARION. Es decir, de que los otros me vean. Figúrate qué humillacion para tí, pensionada de la reina, tener á uno de tus cuarenta padrinos en tan ridícula posicion.

MARÍA. Eso no puede ser; iré á ver á la reina y le diré... Pero ¡ay! ¿qué podré yo, pobre muchacha á quien todos escuchan cuando canto, pero á quien todos rechazan cuando ruego y lloro?

MARGARITA. Al contrario; todo lo puedes.

MARÍA. ¡Qué ventura! Hablad, hablad pronto.

HILARION. María, ¿tienes valor?

MARÍA. Lo tendré para salvaros.

MARGARITA. Pues bien, escucha...

HILARION. Sí escucha... Es preciso hacer cuanto vamos decirte, sin preguntar cómo ni porqué.

MARGARITA. Ante todo es menester dejar esta habitacion.

MARÍA. Muy feliz iba á ser en ella; pero no importa, esto pronta.

HILARION. Es preciso que te resignes á ocupar aposento colgados de terciopelo y seda...

MARÍA. ¿De veras?

HILARION. A permitir que la primera modista de la córte dé á tu hermosura los encantos del buen parecer...

MARÍA. ¡Ah!

HILARION. A tener cocinero...

MARÍA. ¡Cocinero!

HILARION. Es indispensable. ¿Vacilas?

MARGARITA. Además, á tener lacayos, caballos y una hermosa carroza.

MARÍA. ¡Una carroza!

HILARION. ¿Te sientes capaz de semejantes sacrificios?

MARÍA. ¿Os estais burlando de mí?

MARGARITA. No, hija mia, no; es preciso que tengas todo esto para salvarme.

HILARION. Y para que yo no me vea...

MARÍA. Todo lo que me pedís es muy fácil.

HILARION. Es que... no es esto todo. Has de jurar que te servirás de tu habitacion para recibir al señor Raul...

MARÍA. Siempre que quiera.

HILARION. De tus vestidos para honrarle...

MARÍA. Con mucho gusto.

HILARION. De tu carroza para pasearte en su compañía, y de tu cocinero para obsequiarle con alguna cena, lo propio que á tu padrino, pues es preciso hacer algo por mí...

MARÍA. Pues á vosotros os lo deberé todo, todo servirá para vosotros.

HILARION. ¡Bravísimo! Dame un abrazo, jóven sublime.

MARGARITA. (*Dirigiéndose á la ventana.*) ¿Qué ruido es ese? ¡Cielos! toda una escuadra de mosqueteros!

HILARION. Vienen á arrestaros... No, á arrestarnos. Las fuerzas me abandonan.

MARÍA. ¿Es preciso que haga algun otro sacrificio?

MARGARITA. No; tan solo cuando me veas hacer alguna seña...

HILARION. O á mí.

MARGARITA. Repite dos palabras solamente...

MARÍA. ¿Cuáles?

MARGARITA. «Hasta mañana.»

ESCENA XIII.

Los mismos, NANGIS *y* MOSQUETEROS.

MOSQUETEROS. (*Saliendo.*) ¿Dónde está el nuevo camarada?

NANGIS. (*Idem.*) Vedle allí.

MARGARITA. (*Aparte.*) Valor.

HILARION. (*Bajo á María.*) No olvides las dos palabras.

NANGIS. (*Aparte, en tanto que Margarita procura ponerse el cinturon.*) ¡Una mujer!... ¡Sostiene que es una mujer!.... ¡Y yo le habria servido de juguete!... ¡Oh! á toda costa necesito una esplicacion.

MARGARITA. ¡Calle! ¿eres tú, Nangis?

NANGIS. (*Aparte.*) ¡Me tutea! (*Alto, con embarazo.*) Tal vez me he apresurado demasiado en volver.

MARGARITA. Nada de eso, ¡vive Dios!—Señores, cuánto me alegro de ser de los vuestros.

NANGIS. Ya comprendeis que... (*Aparte.*) ¡Qué cambio!

HILARION. Te vuelves tímido como una muchacha, ¡voto al diablo! Ahora que me acostumbro á tutearte, dejas tú de hacerlo.

NANGIS. (*Aparte.*) ¿Si estaré soñando?

MARGARITA. ¿Qué te ha dicho el Cardenal?

NANGIS. (*Queriendo leer en los ojos de Margarita.*) Se ha admirado como yo, y para aclarar algunas dudas que tiene, ordena que el caballero de Essonne esté de centinela á la puerta de su gabinete esta noche á la una.

MARGARITA. Pues bien; estaré ¡voto á brios! (*A media voz.*) Contaba pasar una noche deliciosa; pero, ¡indisponerme con el Cardenal! líbreme el diablo. (*Alto.*) Hilarion, el sombrero.

NANGIS. (*Mirando como Margarita se pone el sombrero.*) ¡El sombrero ladeado! ¡la espada al cinto!

MARGARITA. (*A los mosqueteros.*) Camaradas, pasaremos alegremente la noche, pues quiero que celebreis mi entrada en vuestra compañía, y entre el vino de Chipre y el de Gascuña habrá dados y naipes.—A propósito, Nangis, como en la próxima parada quiero estar bien montado, te juego á Vesubio al lascanete.

NANGIS. (*Aparte.*) Está visto; no lo entiendo.

MOSQUETERO. Bravo, camarada, vengan esos cinco. (*Margarita da la mano á los mosqueteros.*)

HILARION. (*Bajo á Margarita.*) Aun no habeis desvanecido completamente sus dudas. Dad el golpe de gracia.

MARGARITA. (*Bajo á Nangis.*) ¡Ay, amigo mio! no sabes el sacrificio que me impongo. Pensar que pierdo una cena deliciosa...

NANGIS. (*Idem.*) ¡Una cena! ¿Con quién?

MARGARITA. ¡Toma! (*Señala á María.*) ¡Qué le haremos! El Cardenal no lo quiere...

NANGIS. (*Aparte.*) ¡Su querida! ¿será cierto?

MARGARITA. (*A María.*) Amiga mia, te dejo con pesar, pero el deber es lo primero. Hasta mañana. (*Hilarion tira del vestido a María.*)

MARÍA. Hasta mañana. (*Tiende la mano á Margarita, que se la besa*).

NANGIS. (*Aparte.*) No hay duda; es hombre. (*Margarita le toma el brazo, y se va con él seguida por los mosqueteros, afectando un aire marcial.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

Salon del tiempo de Luis XIII lujosamente amueblado.—Puerta al fondo.—Otras laterales en primer término, adornadas con cortinajes.—En segundo término, á la izquierda, una chimenea, y á la derecha una puerta secreta que da á una escalera escusada.—A este mismo lado, en tercer término, una ventana.

ESCENA I.

HILARION *y* MARÍA.

HILARION. (*Sentado junto á la chimenea*). ¡Qué deliciosa vida! Lástima que deba acabarse tan pronto. Dentro de breves dias estará aquí el verdadero de Essonne, y la señora de Herbelay volverá á su castillo... Pero ¡bah! nuestro mosquetero no olvidará lo que hemos hecho por ella; una cosa inapreciable (*tocándose el cuello*), porque esto no tiene precio, sobre todo para mí.

MARÍA. (*Entrando por la izquierda.*) ¿Qué os parece de mi nuevo vestido, padrino?

HILARION. ¡Magnífico! Es digno compañero de los demás que te ha regalado nuestro buen de Essonne.

MARÍA. (*Suspirando.*) ¡Ay! si Oliverio pudiera verme así... ¡Pobre Oliverio! Me parece que hace un siglo que está fuera de París.

HILARION. Pues apenas hace ocho dias.

MARÍA. Si á lo menos le fuese posible volver antes de terminar sus trabajos...

HILARION. (*Aparte.*) Afortunadamente no será. (*Alto.*) Ya ves María, ya ves con qué lujo ha hecho alhajar el señor Raul la magnífica habitacion que ha alquilado y cuyo entresuelo ocupa, cediéndonos el piso principal.

MARÍA. En cambio me he resignado... (*suspiro cómico*) y lo he aceptado todo. Pero ¿cómo es posible que para salvar al señor de Essonne sea preciso habitar en su misma casa, salir siempre con él?...

HILARION. ¡Chito! ¿Te olvidas ya de la promesa que me hiciste de no dirigirme preguntas, á las que por otra parte no podria contestar por ahora? Cuando llegue la ocasion te lo esplicaré todo con una sola palabra. (*Escuchando.*) Alguien viene.

MARÍA. Será el caballero de Essonne.

HILARION. (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*) Entrad, ya os aguardábamos con impaciencia. (*Se abre la puerta y sale Oliverio.*)

ESCENA II.

HILARION, MARÍA *y* OLIVERIO.

OLIVERIO. ¿De veras?

HILARION. (*Aparte.*) ¡El pintor de Barrabás!

MARÍA. ¡Oliverio!

HILARION. (*Aparte.*) Tiró el diablo de la manta. Tambien éste va á pedir esplicaciones y... No me he metido en mal berenjenal.

MARÍA. (*A Oliverio.*) ¿Qué teneis? ¿por qué no me hablais?

OLIVERIO (*Examinando la habitacion.*) ¿Estoy en casa de maese Hilarion?

MARÍA. (*Riendo.*) ¿Verdad que estamos bien alojados?

OLIVERIO. ¡Cuántos adornos! ¡qué lujo!

MARÍA. ¡Oh! no es esto todo. Tengo carroza, camareras, lacayos y cocinero.

HILARION. (*Aparte, haciéndole señas.*) ¿Qué necesidad tiene de decirle todo esto?

OLIVERIO. ¡Será posible!

MARÍA. Os admira ¿no es verdad? Lo propio me sucede á mí. Pero hablemos de vos, de vos solo.

HILARION. Eso es; hablemos de vos, amigo mio, de vos solo.

MARÍA. Con que ¿ya habeis terminado vuestros trabajos en Fontainebleau? ¡Qué felicidad!

OLIVERIO. Aun no; pero ha venido á la córte un mensajero que debe volver inmediatamente al lado del gobernador, y he aprovechado la ocasion, acompañándole para veros un momento si quiera y volverme al instante á continuar mis trabajos con mas valor.

MARÍA. (*Aparte, con alegría.*) ¡Cuánto me ama!

HILARION. Teneis razon, jóven, es preciso escuchar la voz imperiosa del deber. Marchad dentro una hora, dentro diez minutos, al momento.

OLIVERIO. Habia citado al mensajero en vuestra habitacion de la calle de la Guindalera, pues no sabia que os hubieseis mudado.

HILARION. Es preciso avisarle para que venga... No, mas vale que vayais á aguardarle allí.

MARÍA. Nada de eso. Enviad un criado á la calle de la Guindalera, ó id vos mismo, padrino.

HILARION. ¡Cómo! ¿quieres?... (*Aparte.*) Al fin y al cabo no está lejos... Esos enamorados del diantre llegan siempre en mal hora. Estábamos tan tranquilos... (*Alto.*) Hasta luego. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

MARÍA *y* OLIVERIO.

OLIVERIO. María, contestadme francamente; ¿de dónde os vienen esas riquezas, ese lujo tan brillante y tan repentino?

MARÍA. ¡Oh! es un secreto.

OLIVERIO. ¡Un secreto!

MARÍA. Para los otros, pero no para vos, Oliverio. Todo lo que veis lo debo al señor de Essonne.

OLIVERIO. (*Estupefacto.*) ¡Al señor de Essonne! ¿Y habeis podido aceptar?...

MARÍA. Era preciso para salvarle la vida. Deciros cómo y porque es imposible; pero á vos os es igual ¿no es verdad? y á mí tambien.

OLIVERIO. (*Aparte.*) No sé si sueño ó si estoy despierto.

MARÍA. Escuchad; tal vez Raul pueda deciros este gran secreto. Quedaos á cenar con nosotros.

OLIVERIO. Pues qué ¿cena aquí el señor de Essonne?

MARÍA. Todos los dias.

OLIVERIO. ¡Todos los dias!

MARÍA. No, no; todas las noches.

ESCENA IV.

Los mismos y NANGIS.

NANGIS. (*Saliendo.*) ¡Voto á brios! Ha sido preciso subir á vuestra casa, pues de Essonne pasa aquí todo el dia.

OLIVERIO. (*Aparte.*) Ya no hay duda.

MARÍA. (*Con alegría.*) Señor vizconde, ya ha vuelto... está aquí.

NANGIS. ¿Quién, de Essonne?

MARÍA. No, Oliverio, de quien tantas veces os he hablado.

NANGIS. ¡Bah!

OLIVERIO. Caballero...

NANGIS. ¡Voto va! me alegro de veros, jóven; no creí encontraros aquí. (*Aparte.*) Me da lástima ese pobre muchacho.

MARÍA. ¿Os quedais esta noche, señor vizconde?

NANGIS. No lo creo, á pesar de que tengo absoluta necesidad de hablar á ese endiablado Raul para que me sirva de segundo mañana por la mañana.

OLIVERIO. ¡Un duelo!

NANGIS. Casi nada; una broma de mal género, de que se ocupa mucho el señor de Souvré, y á la cual es preciso poner fin; y como los segundos tambien se baten, quiere dar antes una leccion de esgrima á de Essonne.

MARÍA. ¡Dios mio! si le matan...

OLIVERIO. (*Aparte.*) Le ama.

NANGIS. Nada temais; respondo de él como de mí mismo y ya sabeis que un gascon no miente jamás.

MARÍA. ¡Oh! no puedo tener confianza en vos; pero Oliverio impedirá este duelo.

OLIVERIO. Cuanto veo, cuanto oigo deberia bastarme, sin embargo dudo todavía. Señor de Nangis, por vuestro honor de caballero, decidme la verdad, ¿con qué título viene aquí el señor de Essonne?

NANGIS. (*Bajo á María.*) ¡Pobre muchacho! ¿Nada sabe ¿nada le habeis confesado?

MARÍA. Pues ¿qué le habia de confesar?

NANGIS. (*A Oliverio.*) Ya se ve, era asunto muy delicado; pero yo procuraré esplicároslo todo con las consideraciones debidas á la desgracia. (*Acercándosele.—Con afectacion cómica.*) Si mi amigo hubiese sido uno de nuestros reyes galanteadores, María tendria la consideracion de la Ferroniére ó de Diana de Poitiers. (*Movimiento de Oliverio.*) ¿ Quereis mas galante comparacion ? (*Señalando á María.*) Ese tesoro de gracia y de belleza se llamaria la encantadora Gabriela si de Essonne fuese el Bearnés.

)LIVERIO. ¡ María la querida del señor Raul !

NANGIS. Ved que yo no he pronunciado ese nombre tan feo... que indica una cosa tan bonita.

'LIVERIO. María, ¿ será posible que hayais consentido en ser su dama ?

[ARÍA. ¡ Su dama !... No lo sé; si mi padrino estuviese aquí os lo podria decir.

LIVERIO. ¡ Qué lenguaje!

ANGIS. Vaya, vaya, inocentita, no querais hacerme creer que no sabeis lo que es esto.

ARÍA. ¡ Dios mio !... tal vez sea lo que decís, sin haberlo sospechado. Veamos, ¿ me llamais así porque vuestro amigo me ha dado una carroza y criados, como dice mi padrino ?

NGIS. Por esto en primer lugar.

ARÍA. ¿Y porque no salgo jamás sin que él me acompañe?

NGIS. Claro.

ARÍA. Pues bien, siendo así, no hay duda: soy la dama del señor de Essonne; pero mi padrino es quien lo ha querido.

NGIS. ¡ Habrá tunante !

RÍA. Además, esto no es ningun mal; ¿ no es verdad, Oliverio ?

NGIS. ¡Voto va!... ¿ creeis que es cosa muy corriente cenar cada noche con un hidalgo de la edad de Raul ?

RÍA. Supuesto que así lo convenimos... Además ¿ acaso vos no cenais tambien con nosotros ?

NGIS. Raras veces, y cuando lo hago me retiro discretamente por aquella puerta, que se cierra con cuidado, al paso que de Essonne...

RÍA. Se marcha en seguida por aquella otra. (*Señala la puerta secreta.*)

GIS. ¡Eh ! ¿ por aquella puerta ?

RÍA. Qué conduce á su habitacion por un pasillo escusado.

NGIS. Con que ¿ se marcha ?

RÍA. Claro está. ¿ Por qué habia de quedarse?

GIS. ¡ Toma ! para hablaros de amor.

ÍA. ¡ El señor de Essonne ! (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! va-a una idea. ¿ Acaso no sabe que amo á Oliverio ?

ERIO. (*Aparte.*) ¡ Qué tormento !

ÍA. Cuando estamos solos me habla de él, del proyecto ue ha formado de casarnos... Pero ¿hablarme de amor? i por pienso. He sido su dama, como vos decís, porue no podia negarme á ello; pero esto ha sido todo.

IS. ¡Esto ha sido todo!... Está visto; no nos entendemos.—¿Amais ó no á Raul?

A. Sí; como á un hermano.

ERIO. ¿Será verdad?

IS. Y él ¿no ha intentado... no ha intentado reemplaar en vuestro corazon á Oliverio?

ÍA. Jamás; hubiera sido mostrarse muy desagradecido l servicio que le he prestado.

IS. ¿Un servicio?

ÍA. Sí; le he salvado de un gran peligro que le amenazaba.

NANGIS. ¿Qué peligro?

MARÍA. No lo sé.

NANGIS. No está esto muy claro.

MARÍA. Ni puedo preguntárselo tampoco.

NANGIS. ¡Bah bah, bah!

OLIVERIO. (*Aparte.*) ¿Si será verdad?

NANGIS. (*Aparte, reflexionando.*) Se marcha... no le habla de amor... María le ha salvado de un gran peligro... Lléveme el diablo si Souvré no tiene razon... Con que ¿es una mujer?... Por Dios que he de obligarle á confesarlo esta misma noche. (*Alto.*) Adios, amigos mios; me invito á vuestra boda.

MARÍA. Gracias, señor vizconde.

OLIVERIO. (*Sorprendido.*) ¿Qué decís, caballero?

NANGIS. Digo que esta niña es un ángel, tan cierto como yo soy un necio. La misma Eva, antes de comer la manzana, no era mas inocente que María. Mañana, esta noche misma tendreis la prueba de ello. (*Aparte.*) He de tomar mi revancha ó no soy Nangis ni gascon. (*Vase precipitadamente por el foro, cerrando tras sí la puerta, qué despues entreabre y dice*): Quiero ser el padrino de vuestro primer hijo.

ESCENA V.

MARÍA *y* OLIVERIO.

MARÍA. (*Aparte.*) Diga lo que quiera mi padrino, es preciso saber qué papel estoy representando aquí.

OLIVERIO. (*Aparte.*) El vizconde trata de engañarme como los demás... Adios, bellas ilusiones; dulce esperanza, adios. (*Se dirige al foro.*)

MARÍA. ¿Os vais, Oliverio?

OLIVERIO. Sí, María. ¿Qué haria aquí yo, que no puedo ser ni vuestro amigo siquiera?

MARÍA. ¡Cielos! ¿qué oigo?

OLIVERIO. Porque el amor que me jurasteis no lo habeis dado... lo habeis vendido á otro.

MARÍA. ¡Yo!

OLIVERIO. Vuestro amor es el único precio del lujo que os rodea.

MARÍA. No; no es verdad... ¿Sospechar de mí, acusarme vos?... ¡Ah! si estuviese aquí mi padrino, os diria que soy inocente. Recien llegada á París, no conozco ni su lenguaje ni sus costumbres; pero en la pobre aldea que me vió nacer no me enseñaron ni á mentir ni á engañar. Allí ví á mis compañeras de infancia dar su amor por toda la vida; pero venderlo... jamás.

OLIVERIO. (*Conmovido.*) ¡María ! (*Se oye ruido de un carruaje.*)

MARÍA. ¡Oh! no quiero que os marcheis.

OLIVERIO. (*Con despecho.*) Pues qué, ¿no oís ese carruaje que entra en el patio? ¿ no comprendeis que debo ceder el puesto al señor de Essonne?

MARÍA. (*Con prontitud.*) ¡Ah! él solo puede justificarme. Como todas las noches viene á hablar y á cenar conmigo, se creerá solo, y entre tanto vos, escondido allí, podreis oirlo todo. (*Señala la puerta de la izquierda.*)

OLIVERIO. ¡Cómo ! ¿ Quereis?...

MARÍA. Sí, sí; entrad en ese aposento, cuya cortina dejareis entreabierta, y lo vereis todo, oireis cuanto aquí se diga, y sabreis, caballero, si María ha dado dos veces su amor.

OLIVERIO. (*Aparte, dudando.*) Ese acento...

MARÍA. Ya sube.

OLIVERIO. No sé si debo.

María. (*Cogiéndole de la mano.*) Venid, venid pronto. (*Le hace entrar en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA VI.

María, Margarita *y* Oliverio, *oculto.*

María. (*A Margarita, que entra por el foro.*) ¿Sois vos, caballero? Mucho os habeis hecho aguardar esta noche.

Margarita. Es cierto, y debo pedirte dos veces perdon.

Oliverio. (*Asomando la cabeza.*) ¡La tutea!

Margarita. He pasado la velada en casa de una hermosa duquesa. (*Aparte.*) La señora de Longueville, que ninguna noticia ha podido darme de mi hermano, y á la cual segun parece se vigila tambien.

Oliverio. Nada oigo y apenas puedo verles.

María. (*Aparte.*) Tan hablador como es, apenas me dice nada hoy; parece hecho á propósito. (*Alto.*) Voy á dar órden de que sirvan la cena.

Margarita. No, hija mia; no cenaré, pues ya es tarde y tengo prisa de entrar en casa.

María. ¡Cómo! ¡apenas acabais de entrar y ya os vais! Mirad, ya os habia preparado el sillon.

Margarita. ¿Es que tienes mucho que decirme?

María. (*Mirando hácia la derecha.*) Sí; deseo mucho que hablemos... como todas las noches.

Margarita. Pues bien, hablemos, hija mia.

Oliverio. Escuchemos.

María. Ante todo debo deciros que el señor de Nangis ha venido para veros, pero se ha vuelto.

Margarita. (*Aparte.*) Tanto mejor.

María. Al principio queria aguardaros; pero despues, de repente, ha cambiado de intencion y ha salido corriendo como un loco.—¿Continúa enamorado todavia del retrato de vuestra hermana, que tanto se os parece?

Margarita. ¿Crees que Nangis ama realmente al original de aquella miniatura?

María. Estoy cierta que le ama como...

Margarita. Como tú amas á Oliverio, ¿no es verdad?

María. (*Mirando háeia donde está Oliverio.*) El señor Oliverio no merece mucho que le ame. (*Movimiento de Oliverio.*)

Margarita. Sin embargo, es un bravo y leal jóven.

Oliverio. (*Aparte.*) ¡Qué dice!

Margarita. Y será un escelente marido.

Oliverio. (*Aparte.*) No me atrevo á creer lo que oigo.

Margarita. Se hace tarde, y si te dejara hablar me tendrias aquí toda la noche.—Adios, María.

María. Perdonad mi atrevimiento y mi curiosidad; pero, ¿no podriais confiarme?...

Margarita. ¿Qué?

María. Esta noche... aquí, el gran secreto que...

Margarita. ¡Chiton! Mas tarde; espera algun tiempo, y el cumplimiento de tus deseos será el premio que te dé mi reconocimiento.

María. ¿Cómo?

Margarita. Sí; pronto sabrás ese secreto, y verás realizado el objeto de tus pensamientos, la ilusion de tus ensueños. (*Vase por la escalera seereta.*)

ESCENA VII.

María, Oliverio *y despues* Hilarion.

Oliverio. (*Saliendo.*) ¡Oh, María! perdonadme; el vizconde tenia razon: sois un ángel.

Hilarion. (*Saliendo por el foro.*) Por fin encontré al mensajero, y os está esperando en la hostería del Caballo blanco. A lo que parece tiene mucha prisa.

Oliverio. No quiero marchar sin que antes María me haya perdonado.

Hilarion. ¿Perdonado qué?

Oliverio. Mis injustas sospechas. Creia que me habia olvidado por el señor de Essonne; pero estaba ahí, y he visto y oido á éste.

Hilarion. ¿Y bien?

Oliverio. No comprendo el motivo que le hace obrar así ni la posicion de vuestra ahijada; pero el señor de Essonne no ama á María ni es amado de ella. ¿Qué me importa lo demás?

Hilarion. ¡Ay, ay, ay!

María. Decid, padrino, ¿es verdad que soy?...

Hilarion. (*Interrumpiéndola.*) Silencio; oigo ruido.

María. Es Raul que vuelve á subir.

Hilarion. Habrá olvidado algo.

María. Entrad pronto. (*Hilarion y Oliverio entran en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VIII.

Los mismos y Margarita.

Margarita. (*Saliendo por la puerta secreta.—Aparte, con espanto.*) ¡Un hombre en mi cuarto, en mi cama!... ¡Y ese hombre es Nangis!

María. ¿Volveis, señor Raul?

Margarita. Sí, amiga mia. (*Aparte.*) ¡Y ha dicho á los lacayos que iba á pasar la noche en mi cama!... Por fortuna prevenida á tiempo he podido huir sin que me viera y he venido á refugiarme junto á María, que es siempre mi providencia.

Hilarion. (*A Oliverio.*) Vamos á ser testigos de una conversacion muy inocente.

Oliverio. ¿Por qué?

Hilarion. Tengo datos positivos para asegurarlo.

María. ¿Os habeis olvidado algo?

Margarita. No; pero he reflexionado, y creo que tengo apetito.

María. Pues bien, cenemos... Pero cenaremos aprisa ¿no es verdad?

Margarita. Sí, y despues de cenar, hija mia, te pediré hospitalidad hasta mañana.

María. ¡Cómo!

Oliverio. (*Aparte.*) ¿Qué oigo?

Hilarion. ¡Bah!

María. (*Estupefaeta.*) Sin duda he entendido mal, señor de Essonne.

Margarita. Te repito que pasaré aquí la noche... (*Movimiento de Oliverio.—Hilarion le contiene.*) Si es que lo quieres.

María. No; no lo quiero.

Margarita. ¡Me rechazas! tú, que siempre me concedes cuanto te pido... ¡Oh! mi buena María (*tomándole una mano*), una noche se pasa tan pronto...

María. (*Desprendiéndose.*) Señor de Essonne, lo que me pedís es imposible.

Margarita. Sin embargo, es preciso.

Oliverio. (*Aparte.*) Esto es demasiado.

María. Espero que vais á volver á vuestra habitacion.

Margarita. Al contrario, me quedo aquí á toda costa.

María. Esto es abominable... Pero no; solo es una broma... Si, sí, ahora lo comprendo; habeis querido casti-

gar á un celoso; habeis adivinado que estaba aquí, que nos oia...

MARGARITA. Pero ¿quién?

OLIVERIO. *(Adelantándose despues de rechazar á Hilarion, que trata de detenerle.)* Yo.

MARGARITA. ¡Oliverio!

OLIVERIO. Sí, caballero, el mismo. *(Con ironía.)* Este bravo y leal jóven á quien juzgais digno de hacer un escelente marido.

MARÍA. ¡Amigo mio!

HILARION. *(Bajo á Margarita.)* ¿Por qué no os habeis quedado en vuestra habitacion?

MARGARITA. Porque el señor de Nangis se ha instalado en mi alcoba, donde quiere permanecer hasta que amanezca.

HILARION. ¡Santo Dios!

OLIVERIO. ¡Oh! todo lo comprendo ya... Hace poco, el señor de Essonne sabia que yo estaba aqui, y ahora pensaba que me habia marchado ya.

MARÍA. Oliverio, os juro... pero no, no me creereis ya. Señor Raul, defended mi inocencia. Padrino, con una palabra, me habeis dicho, aclararé este misterio; pues bien, pronunciad esta palabra.

HILARION. Sí, hija mia, la pronunciaré la semana próxima.

MARGARITA. *(A quien Hilarion trata de contener.)* Pues bien, yo hablaré; yo...

HILARION. *(En voz baja.)* Acordaos de vuestro hermano, del señor de Nangis y sobre todo... de mi cuello.

OLIVERIO. *(A María.)* Bien lo veis, callan.

MARÍA. ¡Dios mio! Dios mio!... Ellos me abandonan... él me desprecia... ¡Ay! ¿por qué os dejé á vosotros, tiernos padres que habia recibido de la caridad? Vosotros no sospecharíais de María, porque la amabais... vosotros no la rechazareis cuando os diga: «Aqui me teneis; vuelvo inocente y pura como os dejé.»

HILARION. ¿Qué estás diciendo?

MARÍA. Digo que no quiero por mas tiempo estos vestidos que me adornan, ni este lujo que me rodea y que tan caro me cuesta... Digo que quiero marchar.

HILARION. ¡Marchar!

MARÍA. Sí; mañana, esta noche, al instante mismo.

HILARION. *(Aparte.)* Ahora que se nos presentaba un porvenir tan hermoso... *(A Oliverio.)* Amigo mio, ved de calmarla...

OLIVERIO. *(Rechazándole.)* Apartad.

MARÍA. Adios, dulce esperanza de mi corazon; ilusiones de mi juventud, adios. *(Vase llorando, por la izquierda.)*

ESCENA IX.

MARGARITA, OLIVERIO, HILARION, *despues un* PAJE.

HILARION. *(Bajo á Margarita.)* Es preciso arreglar todo esto.

OLIVERIO. Y ahora los dos, caballero.

HILARION. *(Aparte.)* ¿Qué querrá? *(Alto.)* Amiguito, el mensajero os aguarda en el Caballo blanco.

OLIVERIO. *(Sin escucharle.)* Id por la espada, y salgamos.

HILARION. Salir ¿por qué?

OLIVERIO. Porque el amor de María era mi tesoro, mi vida; porque me han robado este amor; porque es preciso vengarme...

MARGARITA. Y quereis...

OLIVERIO. Batirme con vos; mataros ó morir.

HILARION. *(Aparte.)* Esa es otra que bien baila.

MARGARITA. ¡Un duelo!

OLIVERIO. ¿Aceptais?

MARGARITA. De ningun modo. ¡No faltaba mas!

HILARION. Sí, señor, rehusamos.

OLIVERIO. Imposible.

HILARION. Cabal; vos lo habeis dicho: es enteramente imposible.

MARGARITA. Caballero, esperad algunos dias, y os juro...

OLIVERIO. Ni una hora siquiera. *(Va á arrojarle el guante.—Hilarion se le echa encima.)*

HILARION. Deteneos ó pido ausilio.

UN PAJE. *(Entrando.)* ¿El caballero de Essonne?

HILARION. ¡Eh! ¿qué es eso? ¿algun otro enredo?

MARGARITA. *(Al paje.)* Yo soy.

EL PAJE. *(A media voz, entregando un pequeño estuche á Margarita.)* De parte de mi señora, la duquesa de Longueville. *(Saluda y se va.)*

MARGARITA. *(Aparte.)* Sin duda me participa algun nuevo peligro. *(Abriendo el estuche.)* ¡Su esmeralda!... *(Con alegría.)* La seña convenida... ¡Ah! ¡se ha salvado!

HILARION. *(Bajo á Margarita.)* ¿Qué sucede?

OLIVERIO. Caballero, os estoy aguardando.

HILARION. *(A Oliverio.)* ¡Ea! dejadnos en paz.

MARGARITA. Señor Oliverio, se debe una satisfaccion, y se dará.

OLIVERIO. Al momento.

MARGARITA. No; pronto... muy pronto pedireis perdon á María.

OLIVERIO. ¡Caballero!

MARGARITA. Y á mí tambien me lo pedireis... y de rodillas.

OLIVERIO. Esto ya es demasiado.

MARGARITA. Hasta luego. *(Entra vivamente en el aposento de María. Poco despues se oye ruido de un cerrojo.)*

ESCENA X.

HILARION *y* OLIVERIO.

OLIVERIO. ¡Entra en el cuarto de María! *(Corre hácia la puerta.)* ¡Se cierran!... Yo derribaré la puerta, porque es preciso vengarme... matar...

HILARION. *(Aparte.)* No estoy bien aquí. *(Se dirige al foro.)*

OLIVERIO. *(Viéndolo.)* ¡Ah, viejo malvado! no has de escapárteme. Si no puedo otra cosa, á lo menos tendré el gusto de estrangularte.

HILARION. *(Aparte.)* ¡Santo Dios! ¿habrá posicion como la mia? Por una parte ahorcado; estrangulado por la otra...

OLIVERIO. *(Cogiéndole por el cuello.)* Con una palabra debias esplicarlo todo; pronuncia esta palabra ó te...

HILARION. Soltadme, amigo mio. Prometo deciros no una, sino tres.

OLIVERIO. *(Soltándole.)* Ese caballero, ese seductor...

HILARION. Es una mujer.

OLIVERIO. ¡Una mujer!

ESCENA XI.

Los mismos y NANGIS.

NANGIS. *(Saliendo.)* No hay duda; es hombre.

OLIVERIO. *(A Hilarion.)* ¿Lo oyes, desgraciado?

HILARION. Me estrangularán, me ahorcarán, me harán cuanto quieran; pero á pesar de ello gritaré con todas mis fuerzas: es una mujer.

NANGIS. Es un hombre.

Oliverio. (*A Hilarion.*) ¿Querias engañarme todavía, bergante?

Nangis. (*Acercándose á Oliverio.—Con énfasis cómico.*) La estaba esperando en su casa... No, no; le estaba esperando en su casa. Lo mismo da.—Sube la escalera, llega... Me tiendo sobre la cama decidido...

Hilarion. ¿A qué?

Nangis. Decidido á... Raul entra; acababa de apearse.

Hilarion. ¡De apearse!

Nangis. Aun tenia las botas y las espuelas. Al verme instalado tranquilamente en mi apostadero, se detiene admirado...—« A buen seguro no creias hallarme aquí, le digo; pero ¿qué quieres? mañana me bato, has de servirme de segundo, y he venido á pasar la noche en tu aposento.» Creo que va á temblar, á venderse, á desmayarse; pero lejos de esto, me contesta:—«Vizconde, con mucho gusto os cederia mi cama; pero estoy tan fatigado, que no puedo ofreceros mas que la mitad;» y empieza á desnudarse con la mayor frescura.—Bien comprendeis que no me era permitido dudar mas; me levanto, le digo que no quiero abusar mas de la hospitalidad con que me brinda, y subo aquí, amigo mio, para deciros que vuestro infortunio es completo, porque vuestro rival es enteramente hombre.

Hilarion. (*Que ha intentado en vano hablar mientras lo hacia Nangis.—Aparte.*) Todo lo comprendo; mi cuello está salvado, pues el verdadero de Essonne ha llegado ya. (*Alto.*) Abrazadme, Oliverio, todo está esplicado; el señor de Nangis tiene razon: es un hombre.

Nangis. Acabo de dejarle hace un momento.

Oliverio. Imposible; esta allí. (*Señala el cuarto de María.*)

Nangis. ¡Ca! está abajo.

Hilarion. Sí; está allí... y está abajo. Dejad que os esplique...

Oliverio. (*Sin escucharle.*) Con María.

Nangis. Entonces hay dos.

ESCENA VII.

Los mismos, María *y* Margarita (*de mujer*).

Hilarion. (*Gritando.*) No, no, no. Solo hay uno.

Oliverio. Pero ¿y el de allí? (*Señala á la izquierda.*)

Margarita. (*Saliendo con María, á quien lleva de la mano.*) Ven, hija mia, es preciso cumplir el deber que contigo he contraido.

Nangis. ¡Qué veo!

Oliverio. ¡Las mismas facciones del señor de Essonne!

Margarita. Suplicad al señor vizconde que os enseñe cierto retrato que guarda cuidadosamente. Esa miniatura os lo revelará todo.

Nangis. Esplicaos por favor.

Margarita. (*Sonriendo.*) Ese retrato que llevabais sobre el corazon y al que haciais las mas tiernas confesiones, tiene un original, y este original...

Nangis. Acabad.

Margarita. Lo teneis delante hace quince dias.

Nangis. ¡Margarita! (*Con entusiasmo.*) Esa cara preciosa, esa dulce mirada, esa sonrisa encantadora...

Margarita. Ved y juzgad.

Nangis. (*Con entusiasmo.*) ¡Oh! jamás retrato alguno fué tan parecido.

Oliverio. María... señora... (*Se inclina.*)

Margarita. Cuando os decia... Mas, señor Oliverio, mas.

Oliverio. (*Arrodillándose.*) ¡Cuán culpable he sido!

Margarita. Mucho teneis que perdonarme, señor vizconde; pero era preciso salvar á mi hermano...

Nangis. ¿A mi amigo el señor de Essonne?

Margarita. Su llegada, que la señora de Longueville se ha apresurado á noticiarme, hace que pueda ya darme á conocer.

Nangis. ¡Bravo! abajo está, y mañana le presentaré al señor de Souvré.

Margarita. Y yo partiré para Auxerre.

Nangis. ¿Nos abandonais ya?

María. No podeis hacerlo, señora.

Margarita. ¿Por qué no?

María. Estamos comprometidas.... muy comprometidas yo por haber cenado con el caballero de Essonne, y vos..

Margarita. (*En voz baja.*) Yo, por haber viajado toda una noche con el señor de Nangis.

María. Solo el matrimonio puede salvarnos. Me apresuro pues á casarme. (*Tiende la mano á Oliverio, que se la besa.*)

Oliverio. Soy el mas feliz de los hombres.

Nangis. Esperad. Aun no ha contestado Margarita, pero si sigue el consejó de María, no permito que otro se crea mas dichoso que yo.

María. (*Bajo á Margarita.*) Ved como os ama.

Margarita. Señor de Nangis, hay entre los dos un secreto tan delicado, que solo un marido puede saberlo...

Nangis. Acabad.

Margarita. Y mi marido solo lo sabrá. (*Le tiende la mano que Nangis besa con efusion.*)

Hilarion. ¡Bravísimo! se salvó mi cuello.

Nangis. ¡Voto á brios! amiga mia, á ti te debemos nuestra felicidad, y es preciso recompensarte.

María. ¡Recompensarme!

Margarita. ¿Qué deseas?

María. Gracias á la Divina Providencia tengo cuarenta padrinos; pero esto no me basta.

Nangis. Entiendo; cumpliremos la promesa que te he hecho. (*A Margarita.*) Seremos los padrinos de su primer hijo.

FIN.

MUSEO DRAMÁTICO ILUSTRADO.

COLECCION

DE

OBRAS ESCÉNICAS ESCOGIDAS,

escritas por los principales autores antiguos y modernos, nacionales y estranjeros.

PROSPECTO.

La gran aficion del público á las producciones dramáticas, el mayor interés que éstas tienen sobre las otras del género recreativo, y el crecido precio á que hasta ahora se habian vendido, imposibilitando su adquisicion á los que no pueden destinar grandes cantidades á la lectura, son en resúmen las consideraciones que nos han inducido á emprender la presente publicacion. Esta tiene sobre las de igual clase, además de una estraordinaria baratura, la ventaja de una completa uniformidad, que permite su encuadernacion formando hermosos tomos, así como la de ir ilustrada con magníficos grabados representando una de las principales escenas de cada obra, circunstancia tan interesante al lector para fijar los hechos de un modo permanente en su imaginacion, como al actor para formar concepto exacto, así de los trajes de la época como de los tipos que ha de representar.

Tambien tiene nuestra publicacion grandes ventajas sobre las que se hacen por entregas, á pesar de ser ésta la forma que hemos adoptado, pues comprendiendo cada una de ellas una produccion, el suscritor tiene la seguridad de que, termine cuando quiera la publicacion, no ha de quedarle truncada ninguna obra. Añádase lo escogido de éstas, la muchísima lectura que cada entrega comprende y la circunstancia de dar una lámina en cada una de ellas y no cada tres ó cuatro como es costumbre, y se esplicará la firme creencia que tenemos de que el público ha de acoger favorablemente nuestra empresa, creencia que ha hecho que no retrocediéramos ante dificultad ni sacrificio de ninguna clase para poder fijar las siguientes

BASES DE LA PUBLICACION.

El **Museo dramático ilustrado** se publicará por entregas en fóleo menor, impresas en buen papel y con tipos claros y compactos.

Cada entrega contendrá una obra completa é irá ilustrada con una hermosa lámina, primorosamente grabada en boj, representando una de las principales escenas.

Cada entrega, **sea cual fuere el número de actos** de la obra que contenga, costará **un real.**

Se publicarán semanalmente una ó dos entregas, formando todos los meses una serie, que se venderá suelta al precio de **6 reales.**

Cada semestre se repartirá **gratis** á los suscritores una elegante portada é índice para la encuadernacion por tomos.

Para formar concepto exacto de las ventajas de esta publicacion basta considerar que por **solos 72 reales,** satisfechos de un modo insensible, podrán adquirirse cada año producciones dramáticas escogidas, cuyo valor en otras ediciones sin láminas no bajaria por término medio de **500 reales.**

Se suscribe en las principales librerías del reino.—Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á los *Sres. Vidal y compañía,* calle del Gobernador, núm. 14.

Impr. de Narciso Ramirez, Pasaje de Escudillers, núm. 4